



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Grado en Filosofía

Diego Abad de Santillán: un anarquismo ético

Presentado por:

Diego González San Miguel

Tutelado por:

Fernando Longás Uranga

Valladolid, 6 de julio de 2021

INDICE

PARTE I: CONTEXTO HISTÓRICO Y LA FIGURA DE ABAD DE SANTILLÁN	5
1. El anarquismo en la España de la época de Abad de Santillán	5
2. Breve biografía de Diego Abad de Santillán.....	10
PARTE II: EL ANARQUISMO DE ABAD.....	17
1. La libertad y sus implicaciones en el anarquismo.....	17
Introducción.....	17
El sentido de la historia	18
La singular libertad de Abad de Santillán	20
Socialismo y ciencia.....	23
El papel de la educación, la ciencia y la historia en el anarquismo de Abad de Santillán...	24
Conclusión sobre la libertad	27
2. La cuestión del Estado y el sentido de la revolución.....	28
La necesidad de sujetos autónomos y conscientes para hacer la revolución	28
Crítica a la concepción jacobina de la revolución	29
La revolución anarquista y la oposición al poder.....	30
El sentido de la revolución.....	32
3. El anarquismo de Abad de Santillán.....	35
La relación entre el anarquismo y el sindicalismo	39
PARTE III: UN ANARQUISMO ÉTICO	42
Introducción.....	42
Libertad, medios y fines, sujeto y colectivo.....	43
La inspiración cristiana en Abad y la importancia de la fraternidad	45
La militancia y el ejemplo de los libertarios.....	49
PARTE IV: CONCLUSIÓN.	53
PARTE V: BIBLIOGRAFÍA	57
1. Contexto histórico	57
2. Biografía.....	57
3. Obras de Abad de Santillán.....	58
4. Estudios sobre Abad de Santillán	58
5. Otros.....	59

PARTE I: CONTEXTO HISTÓRICO Y LA FIGURA DE ABAD DE SANTILLÁN

1. El anarquismo en la España de la época de Abad de Santillán

Diego Abad de Santillán es uno de los libertarios más importantes del siglo pasado. No solo por la magnitud e influencia de su obra dentro de la filosofía anarquista sino por la importancia que su figura jugó en el que ha sido uno de los mayores procesos revolucionarios de toda la historia, la *Revolución social española de 1936*. A pesar de que Abad de Santillán ha vivido a lo largo de toda su vida entre España y Argentina, país que además cuenta con una enorme tradición libertaria, es importante situar el contexto histórico de la España de la época debido a la influencia que esta jugó en nuestro autor y viceversa. Y, aunque también participó en el movimiento anarquista argentino, fue en España donde el ideal se hizo material y donde sus escritos sobre la organización económica de la revolución fueron clave.

Gran parte del imaginario cultural y social internacional del anarquismo presenta su ubicación en la España de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Es en España donde el anarquismo no solo fue la teoría entorno a una idea acompañada de acciones revolucionarias concretas, sino que esa idea se hizo material, se llevó a los hechos como nunca se había hecho antes. La idea anarquista había avanzado desde los años de la Internacional con la multiplicidad de gran cantidad de grupos anarquistas que se distribuían por todo el territorio nacional. No obstante, sus militantes pasaron muchos años bajo la persecución y la represión del Estado, por lo que gran parte de su historia el anarquismo estuvo condenado a la clandestinidad y tratando con dificultad de legalizar sus sindicatos y su lucha social. La persecución y represión del anarquismo se ha dado tanto por los gobiernos tradicionalmente conservadores, como por parte de aquellos considerados progresistas. El enfrentamiento presente en la filosofía libertaria frente al Estado, y la eliminación de las desigualdades tanto económicas como de libertad y justicia que sufría el pueblo, no hacía más que situar a los anarquistas como un problema para las élites.

El régimen de la restauración con Alfonso XIII en el trono, y Maura y posteriormente Canalejas en el gobierno, supuso alguna mejorara en las condiciones económicas y

sociales de los campesinos y obreros, pero estas no se realizaban por un simple “amor al prójimo”, sino que los trabajadores comenzaban a ganar cada vez más fuerza al organizarse en torno a los principales sindicatos CNT y UGT, lo que generaba una gran preocupación por parte de las élites a que terminase produciéndose una revolución popular. De ahí que este tipo de gobiernos apelaban a la llamada “revolución desde arriba”. Ese temor a la revolución se hacía patente en la dura represión que el gobierno hacía sobre el movimiento obrero, ejemplo de ello fue *La Semana trágica de Barcelona* (julio de 1909). Hubo más de 150 muertos y cientos de heridos durante los enfrentamientos, pero más allá del conflicto en las calles, la represión continuó tras las protestas ya que llegarían las detenciones en masa y los juicios. Se celebraron 216 consejos de guerra que afectaron a 1700 personas y se dictaron 17 condenas a muerte, de las cuales sólo se ejecutaron cinco. El más grave fue el procesamiento irregular de condena y ejecución del pedagogo anarquista Francisco Ferrer y Guardia, fundador de la Escuela Moderna, quien después resultaría ser inocente al no participar en los hechos.

Durante la 1ª Guerra Mundial la neutralidad proporcionó un auténtico boom económico, pero esto no repercutió en toda la población por igual. El reparto de la riqueza se hizo de forma desigual y aumentaron las diferencias sociales, la repatriación de emigrantes tras la guerra incrementó el paro, el aumento de las exportaciones agrícolas e industriales y la escasez de productos básicos dispararon los precios por encima de los salarios, y la combinación de la alta inflación y el insuficiente crecimiento salarial llevó a una reducción de la capacidad adquisitiva de los trabajadores. En este contexto, las noticias de la revolución rusa de 1917 alimentaron la agitación social.

Entre 1919 y 1923 se da el periodo conocido como pistolero, el cual es uno de los más oscuros en la historia del anarcosindicalismo español. Es uno de los factores que provocarían la proliferación y la clandestinidad de los grupos anarquistas. A partir de la huelga de La Canadiense, la primera gran huelga ganada por el movimiento obrero, en febrero de 1919 se produce una constante tensión entre la patronal catalana y las organizaciones obreras desde la huelga hasta 1923. Y ante el creciente ascenso numérico de la afiliación sindical a la CNT la Federación Patronal Catalana decidió pasar a la acción contra los militantes obreros. Así, decidieron financiar una ola de atentados contra los sindicalistas y crearon varios grupos organizados de sicarios. Estos dieron muerte a varios destacados representantes del obrerismo catalán con el consentimiento de las autoridades regionales, entre ellos los gobernadores civiles, y la

complicidad de la policía. Además, la patronal fomentó la aparición del llamado Sindicato Libre, que pretendió entrar en competencia con los hombres del sindicalismo revolucionario, y combatir violentamente también a los anarcosindicalistas. Esta situación de enfrentamiento creó una grave espiral de violencia en las calles de Barcelona. En 1919 se contabilizan 109 atentados; un año después, 304. No se sabe a ciencia cierta el número total de muertos y desaparecidos, aunque se contabilizan alrededor de 230 obreros por 27 patronos y 27 encargados. El año de mayor número de muertos entre los confederales fue 1921 con 83 muertos en las calles de la ciudad y de sus alrededores. Hay autores que hablan de más de 600 obreros muertos a manos de los pistoleros del Sindicato Libre.

A esto se le suman levantamientos en el campo andaluz por las circunstancias denigrantes y de pobreza que sufrían los jornaleros. Los campesinos comenzaron a afiliarse masivamente a los principales sindicatos (CNT y UGT), mientras que las movilizaciones se radicalizaron a través de movimientos para la ocupación de tierras con pretensión de reparto de las propiedades, quema de cosechas, ocupación de los ayuntamientos, etc. El temor que se extendió entre propietarios y patronos provocó su retirada a las grandes ciudades, al tiempo que se aceptaban subidas salariales. Pero a partir de mayo de 1919 las movilizaciones de jornaleros fueron reprimidas con dureza, declarándose el estado de guerra. Se ilegalizaron las sociedades obreras y se encarceló a sus dirigentes. Esto supuso que el movimiento obrero andaluz comenzó una fase de retroceso, descendiendo la afiliación sindical.

En 1923, con el golpe de Estado de Primo de Rivera, la CNT pasa definitivamente a la clandestinidad. En clandestinidad, los anarcosindicalistas aprovecharon para organizarse y formarse culturalmente. Fueron los años de los ateneos, los centros obreros, y las escuelas nocturnas que contribuían a la formación de las clases populares. En 1930 la CNT tenía presos más de 9.000 militantes en toda España y centenares de exiliados en Francia o Argentina. Además, en Valencia se había constituido la FAI (Federación Anarquista Ibérica). En los años de la república cambiarían las tornas, y la CNT alcanzaría la cifra de un millón de afiliados. A pesar de la dura represión que sufría el anarquismo, se había extendido por todo el movimiento libertario un pensamiento optimista, puesto que se creía en la revolución y que esta llegaría pronto.

Con la llegada de la república en 1931, parecía que el país podría modernizarse, debido a la gran cantidad de reformas que se estaban llevando a cabo, mejoras en la educación,

en la economía, en las condiciones de los trabajadores, etc. Sin embargo, en ocasiones este tipo de mejoras era difícil de implantar debido a la oposición que sufría por parte de los sectores más conservadores (Iglesia, grandes terratenientes y empresarios), como por ejemplo la reforma agraria a la cual se opusieron fuertemente los latifundistas. Ante esta situación, y siendo conscientes de la fuerza que poseían y lo lejos que podían llegar, los anarquistas de la CNT y la FAI plantearon una lucha frontal, basada en la táctica insurreccional en el ámbito rural. Se produjeron así violentos enfrentamientos en Castilblanco (Badajoz, 1931), Arnedo (Logroño, 1932), Casas Viejas (Cádiz, 1933). Las revueltas consistían en tomar el ayuntamiento, quemar el registro de la propiedad, colectivizar la tierra y declarar el comunismo libertario. Normalmente finalizaban con la llegada de las tropas de la Guardia Civil o de la Guardia de Asalto. La posterior represión solía ser muy cruenta y en algunas ocasiones provocaba la muerte de campesinos, como en el caso de Casas Viejas. Las reformas promovidas por los sectores más progresistas de la República se verían deshechas con la llegada de los conservadores al gobierno organizados entorno a la CEDA.

Entre el 5 y el 12 de octubre de 1934 en Asturias, los mineros protagonizaron una revolución social fruto del acuerdo entre anarquistas, socialistas y comunistas. Columnas de mineros armados ocuparon los pueblos de la cuenca, parte de los cuarteles de la Guardia Civil, y sustituyeron los ayuntamientos por comités revolucionarios que asumieron el abastecimiento de alimentos, el funcionamiento de los transportes y el suministro de agua y electricidad. El gobierno envió desde África a la Legión al mando del general Franco, para reprimir el levantamiento. La represión fue durísima: más de 1.000 mineros muertos, muchos como resultado de ejecuciones sumarias ordenadas por los mandos militares; 2.000 heridos y unos 5000 detenidos.

Dos años más tarde, el 17 jul 1936 se produciría el golpe de Estado contra la República. Frente a la sublevación militar de todo el país, salió el pueblo a defenderla junto a los militares aún leales al régimen. Y mientras se combatía el fascismo, se plasmó en algunas regiones el sueño anarquista. En aquel país atrasado, casi ignorado por Europa, se produjo una revolución que conmocionó al mundo. Acudieron intelectuales y revolucionarios de todo el mundo contestando así al silencio de Francia e Inglaterra. Solos y aislados, la España antifascista no solo plantaban cara a un ejército estructurado y bien armado, apoyado por los dos regímenes totalitarios, Alemania e Italia. Sino que también formaban otro de voluntarios, lo armaban, y además hacían una revolución

social que parecía que iba a tener mayor alcance que la revolución de octubre. Fruto de la revolución, de la contestación al golpismo militar, el 19 de julio los obreros tomaron las fábricas, los transportes, y los campos. La idea anarquista tomaba forma a través de lo que se llamaron las colectivizaciones. Campo y ciudad se transformaron, se establecían relaciones horizontales entre personas y productos, intercambios y trueques entre pueblos y federaciones. Se formaban asambleas en las plazas de los pueblos y en las fábricas.

Por primera vez en el mundo, aquel sueño al que aspiraba el socialismo se estaba materializando. Si en Barcelona se colectivizaban las fábricas, en Valencia y Aragón fueron las tierras. Este sueño colectivista se hizo realidad con la situación de vacío de poder que se daba en las ciudades o en el campo al derrotar allí el golpe militar. Al volver los trabajadores y jornaleros a sus empresas y tierras de labranza se encontraron con que los patronos y los terratenientes habían huido precipitadamente hacia la zona sublevada. Así, casi espontáneamente tomaron el control de la producción de forma autogestionada. En Barcelona y su cinturón industrial por ejemplo volvieron al trabajo tres días después de vencer a la sublevación. El transporte público fue uno de los primeros sectores colectivizados, porque era imperativo que la población pudiera acudir a sus lugares de trabajo. Igualmente era necesario vencer al fascismo, había que organizar una potente industria con destino a ganar la guerra y que demostrara que la revolución era posible.

Esta revolución social y económica se puso en marcha en una situación marcada por los imperativos de la guerra. La CNT y su poderosa militancia actuaron desde los centros obreros en los que estaban fuertemente arraigados sin esperar ni las directrices de su comité regional ni de ningún otro mecanismo. A través de la asamblea, los trabajadores tomaban sus decisiones y mediante un comité obrero de control se fiscalizaba y se hacían operativas las acciones colectivas. Sin embargo, pronto el Gobierno de la Generalitat de Cataluña sancionó en forma de ley este proceso colectivizador y autogestionario ante el temor de que se le escapara de las manos. Pero para cuando apareció el decreto, la colectivización ya estaba organizada.

A partir del decreto se vio claramente que no se producía una nacionalización de las industrias por la Generalitat, aunque tampoco se impuso la sindicación obligatoria de las mismas que eran controladas por comités mixtos CNT-UGT. Solo se nacionalizaron las industrias que proveían de material de guerra y las cooperativas. Pero la gran prioridad

para la Generalitat y los comunistas era ganar la guerra sin importar la revolución, y de ahí la reticencia de los anarquistas. Perder la guerra significaba perder la revolución, pero olvidarse de la revolución también era un paso atrás en el camino andado hasta aquel momento. Los hechos de mayo de 1937, con el enfrentamiento entre los anarquistas y la Generalitat, pondría fin a la ventaja anarquista en calles y fábricas. Después terminaría por bajar la producción industrial, y Cataluña perdería sus recursos en la organización de la producción y la economía.

En Valencia, se dio una situación atípica, ya que las colectivizaciones se hicieron sin ningún tipo de ordenación legal, lo que motivó fuertes tensiones entre los propietarios y los trabajadores, y entre partidos y sindicatos. La región murciana estaba dentro de la Federación Regional del Levante Español, y sus colectivizaciones eran muy diferentes en las diversas poblaciones, incluso dentro de la misma localidad, precisamente a causa de la falta de ordenación legislativa. Una localidad modélica fue Alcoy, de honda tradición libertaria, en la que se colectivizaron desde los espectáculos públicos a las fábricas de papel de cigarrillos, las ladrillerías o los vendedores ambulantes. El sector textil estaba bajo el control de 129 comités de fábrica, unificados bajo la Comisión Técnica de Control textil.

Las potencias europeas no veían con simpatía este ensayo revolucionario, ya que ponía en cuestión sus intereses financieros y económicos en nuestro país. Realmente se estaba llevando a cabo la revolución social que por parte del socialismo tanto se ansiaba. Desgraciadamente con la intromisión de la URSS en el gobierno republicano, la ilegalización de las colectivizaciones, y las persecuciones que sufrieron los anarquistas y miembros del POUM por parte del gobierno de la República y los comunistas, se terminó con la Revolución social española en mayo de 1937. Tras el fin de la guerra y la victoria del fascismo que duraría 36 años, las organizaciones anarquistas tuvieron que permanecer en el exilio hasta el fin de la dictadura y la llegada de la democracia.

2. Breve biografía de Diego Abad de Santillán.

No se trata solamente de que sea el último de los grandes pensadores anarquistas en un sentido cronológico, sino también de que con él el pensamiento libertario llega,

en nuestra opinión, a su madurez. En él se juntan el testimonio de una vida militante totalmente entregada al servicio de la liberación de los hombres, y la profundidad de un teórico que se ha esforzado por resolver los problemas que se le presentaban al anarquismo según iban variando las circunstancias, con una constante: la fidelidad a los principios básicos del anarquismo.¹

Con estas palabras García Moriyón nos habla de Abad de Santillán en la parte dedicada a este autor de su memoria para optar al grado de doctor. Abad de Santillán no solo fue un pensador, sino que también llevo su filosofía a la práctica. Es cierto que ya sea de una manera u otra esto es bastante común entre los que abrazan el anarquismo, debido a que finalmente esta filosofía no se desliga de la transformación de la realidad social y política. Pero lo importante de nuestro autor no es el mero hecho de que militara en una organización anarquista o que escribiera algunos artículos hablando de esta filosofía, sino que, como podemos comprobar en su biografía, jugó un papel fundamental en la historia española y por ende del anarquismo español del siglo pasado al participar de manera activa en el crecimiento del mismo durante la *Revolución social española de 1936*. Es por ello un personaje clave en la historia de España del siglo pasado al igual que lo es en la historia del anarquismo.

Diego Abad de Santillán nació el 20 de mayo de 1897 en Rezero, un pueblo al norte de León, en el seno de una familia humilde. A los 8 años emigra junto a su familia a Argentina (1905), donde vivirán en un primer momento en una granja arrendada, y posteriormente se trasladarán a Buenos Aires donde trabajará en oficios como los de herrero, carpintero, albañil, campesino, en el ferrocarril, o de tipógrafo entre otros. Al mismo tiempo comenzará a interesarse por el estudio, la literatura y las manifestaciones sociales (1907-1913). Tras acabar el colegio vuelve, con el esfuerzo económico de la familia, a León para estudiar el bachillerato, y comienza a realizar sus primeros escritos de poesía y novela (1913-1915). En ese mismo año se trasladará a Madrid donde cursará estudios de Filosofía y Letras en la rama de literatura clásica en la Universidad Central (1915-1918). Allí comienza a visitar asiduamente la Casa del Pueblo y a contactar con intelectuales y militantes socialistas. En 1917 escribe *El derecho de España a la revolución*, bajo el pseudónimo ya de Diego Abad de Santillán, recomendado por su

¹ García Moriyón, F., 2021. *Del socialismo utópico al anarquismo*. 1st ed. Buenos Aires: La Plata., p.48.

editor y el cual adoptaría para el resto de su vida. Comienza a colaborar en la revista *Los Ciegos*, como secretario de redacción.

Es encarcelado en la antigua cárcel de la Modelo de Madrid por su participación en la huelga contra la carestía de alimentos surgida del pacto entre la UGT y la CNT en agosto de 1917, aunque aún sin una orientación política clara. Es en prisión donde entra en contacto con el anarquismo, el mismo afirma: “*Yo no me acerqué al anarquismo por haber leído folletos o libros de Kropotkin o de ningún otro; me acerqué por la calidad moral de los obreros a quienes había conocido y tratado. Esa calidad moral fue nuestro tesoro, y no seremos nada si deja de existir*”². Una confesión que revela uno de los puntos importantes que se mantendrán constantes tanto en su vida como en su obra.

En 1918 recibe la amnistía y marcha de nuevo a Argentina huyendo del servicio militar. A partir del año siguiente (1919) comienza a participar activamente en las huelgas, siendo ya anarquista militante, vuelve a ser encarcelado en Santa Fe. También entra en contacto con sectores anarquistas, colaborando activamente en la edición de revistas, como por ejemplo en *La Protesta*, la cual fue durante varios años una de las mejores expresiones del anarquismo internacional con gran repercusión en España. Entre 1920-1922 convive con varios anarquistas, entre ellos Kurt Gustav Wilckens³. Entre 1922-1926 cursa en Alemania la carrera de medicina y es corresponsal de *La Protesta*. Durante esos años establece contactos con personajes como Ricardo Mella en Vigo, Rudolf Rocker en Alemania, exiliados rusos como Volin y Alexander Berkman, e italianos como Max Nettlau. También conoce a Elisa Kater su futura mujer, hija del dirigente de la FAUD (Unión Libre de Sindicatos de Alemania) Fritz Kater. Al mismo tiempo que estudia se dedica también a investigar sobre el anarquismo alemán, griego, japonés, mexicano y austriaco, y comienza a traducirlos en los idiomas que conoce. En ese mismo año nace también su hijo Diego. También en 1922 colabora en la fundación de la AIT⁴ en Berlín. En 1925 participa activamente en el II congreso de la AIT en Ámsterdam. También discrepa con el ala sindicalista de la CNT.

² Abad de Santillán, D., Heleno, S. and Gregorio, d., 1975. *Por qué perdimos la guerra*. Madrid: Júcar, p.8. (Citado en: Abad de Santillán, D. and García, F., 1978. *El organismo económico de la revolución*. Madrid: Zero, p.6.)

³ Militante anarquista alemán, conocido en Argentina por haber vengado la represión de la Patagonia rebelde con el asesinato del teniente coronel Héctor Benigno Varela.

⁴ Asociación Internacional de los Trabajadores (Worker's Association IWA), es una organización internacional que une a sindicatos de diferentes países de corte anarcosindicalista o sindicalista revolucionario. En 1922 y 1923 diversos grupos anarcosindicalistas refundan en Berlín la AIT, de la cual trazan sus orígenes a la Primera Internacional (1864-1876) y la consideran su continuidad.

En 1926 vuelve a Argentina para tratar de aliviar las divisiones internas en el movimiento anarquista del país. Desde el diario *La Protesta* critica a los anarquistas que estaban confundiendo el anarquismo con la violencia y el terrorismo. Esta oposición a la violencia es una de las constantes que podemos encontrar a lo largo de la vida y que se reflejan en su pensamiento. Sin embargo, esto no significa que sea pacifista, el mismo reconoce que la violencia en ocasiones es un mal necesario. De cualquier manera, luchó para que no se confundiera el ideal ético y humano de la filosofía anarquista, lo que se ve en su concepto de la revolución, con unas barricadas o la imposición mediante el uso de la violencia. La muerte de su amigo López Arango, director de *La Protesta*, provocada por este enfrentamiento con los anarquistas afines al terrorismo, le obliga a abandonar los estudios de medicina y a permanecer más tiempo de lo previsto en Argentina. Termina instalándose en Buenos Aires con su familia.

Durante estos años realiza sus mejores aportaciones sobre el problema de las relaciones entre el sindicalismo de la CNT y el anarquismo. Desde la revista argentina se enfrenta a los intentos de formar un sindicalismo neutro como proponían Juan Peiró o Ángel Pestaña, defendiendo la teoría de la *trabazón*, según la cual el anarquismo debe ser la ideología que inspire el movimiento sindical sin agotarse en ese movimiento, y sin que se establezca un control sobre el sindicato. Conforme a esta tesis se crea la FAI (Federación Anarquista Ibérica), a la que él mismo pertenecerá al regresar a España, logrando que no se impusieran las tesis de Pestaña, y reflejando una concepción bakuninista, la cual se verá presente durante la guerra civil al organizarse la CNT-FAI económicamente entorno al colectivismo frente al comunismo.

En 1928 en el congreso de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) intenta fomentar la unidad en la reconstrucción de la organización. Durante 1929 corre peligro debido al terrorismo de Estado del gobierno de Yrigoyen. Finalmente, en 1930 se exilia en Uruguay a causa del golpe de Estado de Urriburu. Allí ayudara a los deportados por el régimen, también convive con el recién liberado S. Radowitzky. Al año siguiente marcha a España con motivo de la celebración del Congreso Extraordinario de la CNT y del IV de la AIT. En España se encuentra con Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti, así como R. Franco, el hermano de Francisco Franco quien entonces simpatizaba con la izquierda republicana. Posteriormente vuelve a Uruguay, donde pasará por apuros económicos debido a la falta de periódicos en los que colaborar. Sobrevive gracias a las traducciones de obras que realiza para diferentes editoriales, y

del trabajo de su mujer Elisa. De nuevo, vuelve a Argentina de donde no se marchará hasta que consiga la liberación de los últimos presos políticos. En ese año escribirá *La bancarrota del sistema económico y político del capitalismo* y *La FORA: ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*.

El siguiente año vuelve a España en enero y se incorpora inmediatamente al movimiento de la CNT-FAI, y a la prensa del entorno pasando a ser redactor de *Solidaridad Obrera*, fundando *Tiempos Nuevos* continuadora de alguna manera de *La Protesta*, y dirigiendo *Tierra y Libertad*, el órgano de expresión más importante de la FAI. En 1936 publica *El organismo económico de la revolución*, el cual es traducido al inglés y al holandés. Surge el levantamiento militar en España cuando se encuentra reunido con Lluís Companys.

Cuando se produce el alzamiento militar, aún están recientes los artículos en los que criticaba el comunismo libertario del Congreso de Zaragoza. Abad se opone a la concepción comunista de origen kropotkiniano e insiste en la necesidad de una planificación y una coordinación más coherente con la complejidad de la vida económica y más en armonía con su bakuninismo. En el congreso se culmina una próspera etapa de discusión dentro del anarquismo sobre la necesidad y la forma de la organización revolucionaria. Desde el establecimiento de la II República, los anarquistas españoles habían sido conscientes de la posibilidad de una revolución cercana, lo que llevó a que surgiera una gran cantidad de literatura que reflejaba diferentes formas de organización para estar preparados ante la misma. Una preocupación a la que Abad también había hecho frente tanto con publicaciones en revistas como con su obra *El organismo económico de la revolución*. Una vez derrotada la insurrección militar en gran parte de España, los anarquistas ponen en marcha numerosos sistemas de organización colectivista, ya según las líneas aprobadas en el Congreso de Zaragoza o según Abad, aunque progresivamente son las de este último las que van imponiéndose.

Su posición en Barcelona le permite participar en la organización de las Milicias desde el Comité, colaborando junto a UGT y otros partidos políticos. Además de participar en la Generalitat catalana como *Conseiller* de Economía entre diciembre del 36 y marzo del 37. Participa además en el *Consejo de Economía*, comité central de las colectividades, representando a la FAI en el *Departamento de Combustible y Fuentes de energía*. Son meses difíciles en los que en ocasiones se toman decisiones contradictorias

con la teoría, algo que finalmente llega a su fin en mayo de 1937, con la llamada de Abad a deponer las armas muriendo ahí la revolución. A partir de entonces el gobierno de la república y su influencia comunista irán eliminado a los anarquistas de la toma de decisiones, censurando sus diarios, y desarticulando sus organizaciones populares. Aunque intervinieron más personas en la decisión del alto al fuego de los anarquistas, la voz de Abad fue decisiva por su gran autoridad moral. Posteriormente reconoció en numerosas ocasiones que hizo mal al haber mandado el alto el fuego, que debió haber luchado hasta el final, y que una de las causas más importantes del fracaso de la revolución española estuvo en que los líderes anarquistas no supieron estar a la altura de la capacidad revolucionaria del pueblo.

Ante la crónica de una derrota anunciada sale de España en 1939 huyendo a EE. UU., pasando por el campo de Saint-Cyprién, durante su travesía explota la II Guerra Mundial. Desde allí partirá de nuevo a Argentina, donde permanecerá sin papeles, debido a que era considerado expulsado, hasta la derogación de la Ley de Expulsión (Uriburu) en los años 60 con el gobierno de Frondizi. A partir de entonces rompe de manera definitiva con el Comité Nacional de la CNT, y posteriormente mantendrá muy pocos contactos con la organización. En 1940 publica *Por qué perdimos la guerra*. En 1946 aparece un mensaje interno de la CNT en el exilio para volver los ojos sobre España y olvidar disensiones inútiles, sin embargo, Santillán comienza una progresiva separación del oficialismo que no cesará.

Durante la década de los 50 comienza a trabajar para la *Enciclopedia Argentina* haciendo publicaciones desde 1957 hasta 1964. Sus horarios de trabajo comienzan a crecer hasta límites insospechados, debido sobre todo a su separación de la vida militante. Durante los 60 sigue trabajando en publicaciones para revistas y en algunas obras de carácter enciclopédico e histórico. En 1974 publica *De Alfonso XIII a Franco*. En marzo de 1976 vuelve a España, donde se encontrará con Carlos Díaz, discípulo suyo a su modo. En 1977 realiza algunos intentos editoriales que terminaran por fracasar, su salud comienza a empeorar. Al año siguiente visita a los dominicos de Valladolid, quienes le dejan sorprendido por su apertura de ideas y en cuya revista de filosofía publicara un par de colaboraciones. En junio marcha a la Argentina para terminar con varios proyectos editoriales, y en los tiempos que se lo permite su salud trabaja en una nueva enciclopedia que finalmente no verá la luz. En 1982 vuelve de nuevo a España en noviembre, y pasa el resto de tiempo que le queda entre Madrid y

Barcelona hasta que fallece en Hogares Mundet el 18 de octubre de 1983. El 5 de enero de 1984 sus cenizas se trasladan a los prados de Rezero, sin ceremonias cenetistas, solo sus amigos y familia le despiden. En mayo de 1997 se publica un libro en homenaje y se realizan unas jornadas en la Universidad de León.

Ponemos de relieve que en esta breve biografía solo se han recogido los hechos más notables de toda una vida dedicada al anarquismo. De igual manera, con el fin de no excederse, solo se han mencionado las obras más importantes tanto políticas como no políticas, y las revistas más destacadas en las que expuso sus ideas. Sin embargo, a lo largo de toda su vida trabajó constantemente en la elaboración de textos para revistas de inspiración anarquista, pero sin quedar reducidas a ellas, puesto que también publicó, por ejemplo, para la revista de filosofía de los dominicos de Valladolid.

PARTE II: EL ANARQUISMO DE ABAD

A la hora de enfrentarnos a la tarea de tratar de analizar y explicar el pensamiento de Abad de Santillán, nos vemos con la dificultad de sintetizar todo el pensamiento de una vida con todos los posibles cambios que lógicamente pueden darse, algo que de no ser así podríamos decir que incluso sería preocupante, y más cuando se han sufrido y vivido multitud de cambios tanto a nivel individual y personal, como a nivel histórico debido al momento y lugar que le tocó vivir a nuestro autor. Es por ello, que en este escrito se tratarán los temas que han sido nucleares durante toda su obra, independientemente de las adaptaciones que tuvieran que sufrir según las circunstancias del momento. De esta manera nos centraremos en los cuatro temas que han sido centrales en todo el pensamiento de Abad, y que son fundamentalmente filosóficos, dejando de lado temas como el de la organización económica de la revolución, aun siendo este uno de sus mejores trabajos debido a su calidad, al igual que por la implicación que sus ideas tuvieron a la hora de organizar la economía de zonas anarquistas durante la *Revolución de 1936*. Para concretar los temas que vamos a tratar estos son: la libertad, la concepción de la revolución, el anarquismo de Abad, y su ética.

1. La libertad y sus implicaciones en el anarquismo

Introducción

La anarquía, gobierno del hombre por sí mismo, es decir, negación del gobierno de unos hombres por otros, es un ideal de liberación, el más universal y el más lógico de la especie humana. Desde que el bípedo implume comenzó a pensar y comprender, el anhelo de libertad fue uno de los resortes de acción, de luchas y de progreso. No habríamos salido aún de las cavernas sin ese impulso fundamentalmente fisiológico: Cada época, cada ambiente, cada conglomerado, le dio un nombre, un contenido, más o menos concreto, objetivos determinados, no por ilusorios y precarios a veces menos íntimamente sentidos.

La veta roja de rebelión de progreso, de emancipación que recorre la historia es el espíritu de la libertad, la aspiración a un más perfecto equilibrio, a una más amplia determinación, a un desenvolvimiento más completo.⁵

La filosofía libertaria mantiene una relación estrecha con la libertad hasta tal punto que cuando tratamos de explicar y definir el anarquismo, esto no se puede hacer de ninguna de las maneras sin referirse a ella. Pues podríamos decir a grandes rasgos que el anarquismo, condensado en la forma de pensamiento político, nace al canalizar el anhelo del hombre por la libertad. Anarquismo y libertad van de la mano, y no podríamos definir tal filosofía sino es a través de la libertad. De ahí que a lo largo de esta primera parte se intentará explicar lo que significa la libertad para nuestro autor, y continuamente se estará haciendo referencia al anarquismo, por la influencia y determinación que genera en la filosofía libertaria, ya que en el centro de toda la explicación de esta filosofía podemos encontrarla como su piedra angular.

En definitiva, el objetivo principal y caracterizador del anarquismo es la lucha por la libertad. Siendo está caracterizada de manera sencilla y breve como aquello que posibilita al hombre ser dueño de sí mismo, negando cualquier forma de opresión. La libertad dota de sentido a la vida humana, y por ello sirve de guía permanente a los hombres, otorgándoles una meta a la que dirigirse constantemente. Esta meta no es alcanzable de manera completa, sino que existe una rebelión permanente contra la opresión, una lucha constante por disponer de la vida propia, la cual es constitutiva de la libertad dotando a su vez de significado la vida de los hombres. Para Abad de Santillán, la lucha por la libertad es lo que caracteriza el avance de la humanidad.

El sentido de la historia

Pero antes de hablar de la meta a la que se aspira, es importante explicar cómo se da el movimiento de la historia que nos conduce por el camino a tal deseado destino, pues Abad de Santillán encuentra la fundamentación de esa aspiración de libertad en su interpretación de la historia. Esta es entendida a simples rasgos como un enfrentamiento

⁵ Abad de Santillán, D., 1976. *El Anarquismo Y La Revolución En España. Escritos 1930/1938*. 1st ed. Madrid: Editorial Ayuso, pp.247 y 248.

entre una minoría progresiva que quiere llevar a la humanidad hacia un futuro más justo y libre, y una minoría regresiva que quiere impedir el desarrollo de ese progreso, debido a que esto supone poner en riesgo los privilegios políticos y económicos de los que disponen. Esta presentación de la historia entendida como la polaridad de opuestos, también podemos encuadrarla sin ningún problema dentro de la corriente marxista, aunque nuestro autor presenta notables diferencias con respecto a esta filosofía. El gran rasgo diferenciador de nuestro autor respecto del marxismo ante la cuestión de la historia consiste en la consideración de un tercer elemento situado entre los dos opuestos ya mencionados.

Este tercer elemento sería la inmensa mayoría de los hombres, quienes se ven empujados por unos o por otros, acercándose a alguno de los dos opuestos indistintamente según el momento, aun siendo sus intereses los mismos que los de la minoría progresista. Como consecuencia de este movimiento fluctuante de la mayoría entre ambos opuestos, finalmente termina por generarse el avance de la historia. Abad de Santillán destaca que el hecho de que exista una vanguardia progresista más consciente no significa que se desprece el papel de la mayoría. Es por ello que, como veremos más tarde, la revolución sólo puede ser hecha por todo el pueblo; y nunca impuesta por ninguna vanguardia revolucionaria, las cuales no esconden otra cosa tras de sí más que despotismo.

Siguiendo este esquema de la historia, no es difícil llegar a pensar que el capitalismo no supone ninguna novedad, pues aun siendo una economía de especulación y ganancia, de explotación del hombre por el hombre, ya que se despreocupa de sus necesidades vitales, esto no es nada novedoso. No hace falta aclarar que la explotación de los hombres por los hombres ha estado más que patente en el devenir histórico, al igual que la especulación, aunque esta última lógicamente se ve exacerbada en el sistema capitalista. Tampoco la opresión, ni la lucha contra esta, es algo nuevo inventado por la oposición proletariado-burguesía. Pues, aunque hayan variado las formas bajo las cuales se oprime al hombre, y, en consecuencia, las formas de luchar por la libertad, es siempre su lucha la que finalmente determina la clave para entender la historia.

Así el avance de la historia es percibido por Abad no tanto como la lucha de clases del marxismo, sino por cómo el movimiento fluctuante entre opuestos va constituyendo la mayoría, lo cual no descarta la aparición de conflictos entre ambas clases. Abad no cree que la lucha de clases se haya dado siempre, pero sí que la defensa de unos intereses de

clase por encima de los generales de la humanidad termina conduciendo a la implantación de una forma de opresión. Pues no se puede justificar que los intereses de una clase sean los intereses de toda la humanidad, algo en lo que cae la dictadura del proletariado. Abad no niega la existencia de una lucha de clases, sino que sitúa esta lucha, no tanto entre ricos y pobres, sino entre quienes desean un mundo más justo en el futuro frente a aquellos que permanecen en el presente, los cuales no son solo los ricos sino también, en muchas ocasiones, los mismos obreros y organizaciones sindicales. Es por esta razón, como hemos visto en la biografía de nuestro autor, que él, a lo largo de su experiencia vital, haya tenido numerosos desencuentros con otras corrientes anarquistas, sindicalistas o relativas al movimiento obrero; como por ejemplo el desacuerdo con las tesis de Pestaña o Peiró en cuanto a la concepción del sindicalismo.

La singular libertad de Abad de Santillán

La libertad no es importante como ideal abstracto, sino que esta ha de ser tenida en cuenta como un ideal concreto de una época histórica determinada. Esta es, según Abad, la meta de los hombres, ante la cual se opone como contradicción el principio de autoridad, que termina materializándose en el Estado político. El Estado es, no solo para nuestro autor sino para todos los anarquistas, la opresión encarnada. Es la herramienta política de una clase social para conseguir y afianzar más sus privilegios frente a aquellos que no los poseen, y es a través de su fuerza y sus cuerpos llamados de “seguridad” por los que consiguen perseverar. Pero el Estado y sus instituciones se mantienen, no solo mediante el uso de la fuerza, sino que también a través del hábito y la costumbre. De ahí que la opresión tenga una doble dimensión: por un lado, el sentimiento de obediencia y, por otro, el hecho de que se quiera obedecer.

Como podemos apreciar Abad no se olvida del *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, de Étienne de La Boétie. Un texto que ha calado enormemente en el anarquismo y que comparten otros pensadores, entre ellos por ejemplo Kropotkin, para quien el sacerdote y el guerrero “*aprovechando la indolencia, los miedos y la inercia de las masas, y gracias a la repetición constante de los mismos actos, han hecho*

*permanentes costumbres que se han convertido en sólida base de su propio dominio*⁶. Así, dice Abad de Santillán, la tarea del anarquista es la de defender la libertad, y animar a los demás a seguir también este camino, aunque siempre con el convencimiento de que nadie puede liberar al pueblo, sino que este tiene que liberarse a sí mismo.

En definitiva, el anarquismo cree en la defensa de la libertad, en el progreso, la razón humana, y en la bondad natural del hombre; unas propiedades en las que también confía el marxismo, pues ambos las heredan del pensamiento ilustrado del siglo XVIII. No obstante, los anarquistas se consideran a sí mismos *socialistas libertarios*, un nombre que no es elegido al azar, pues precisamente designa que tanto libertad como socialismo deben ir de la mano, y que señala que de ninguna manera puede sacrificarse la libertad en pro de una sociedad supuestamente mejor, algo que los anarquistas dudan que sea posible.

Ahora bien, ¿en qué se basa Abad de Santillán para que, siguiendo la estela anarquista, defienda tan firmemente la libertad? En primer lugar, podríamos decir que tiene una confianza plena en el hombre y en su capacidad de salvarse a sí mismo, sin que ningún otro pueda salvarlo. Algo que, sin lugar a duda, puede encontrar su origen en las ideas ilustradas, las cuales le influyen notablemente, y que, por ejemplo, ya se ven explícitas en textos como “*¿Qué es la ilustración?*” de Kant. En este texto se expone de manera clara la confianza en el hombre a la hora de alcanzar su propia madurez, alcanzando una razón que le hace ser consciente, la cual se apoya en la autonomía de los sujetos y sobre todo en su libertad. Del mismo modo, en la obra de Abad podemos encontrar una confianza en el hombre depositada en la autonomía y la libertad. Una idea que va pasando de generación en generación, y que podemos encontrarla en gran cantidad de autores que beben de la Ilustración, como es el caso de los anarquistas. La autonomía es vital para el pensamiento de Abad, y es que se contempla como una virtud ético-política clave a la hora de comprender al sujeto individual en su praxis política.

Como breve apunte, es importante destacar que autonomía no es independencia, sino que sigue habiendo una dependencia de los demás, pero no entendida en términos de subordinación sino como una ayuda que es necesaria y que se devolverá a la sociedad

⁶ Kropotkin, P., 1977. *Folletos revolucionarios. 2 Vols.* Barcelona: Tusquets, p.33. (Citado en: García Moriyón, F., 2021. *Del socialismo utópico al anarquismo.* 1st ed. Buenos Aires: La Plata., p.58).

prestando también un servicio a los otros, lo que se podría expresar sencillamente como un intercambio altruista de favores. Así queda muy bien reflejada el termino autonomía en el famoso diccionario de filosofía de Ferrater Mora como: “[...] *el hecho de que una realidad esté regida por una ley propia, distinta de otras leyes, pero no forzosamente incompatible con ellas.*”⁷. Y desde luego que no es incompatible con valerse del apoyo de los otros, siempre y cuando esto no se torne en una dependencia que conduce al sometimiento, sino como la construcción de un mismo proyecto en común por parte de los hombres, el famoso *apoyo mutuo* anarquista con el que se trata de construir una sociedad mejor. Como se puede ver, si se confía en el hombre, si se destaca el valor de la autonomía en él, es porque se cree en su bondad. Algo que también queda muy bien recogido en el famosa *leitmotiv* de Rousseau: el hombre es bueno por naturaleza, es la sociedad la que lo corrompe. Teniendo esto como referencia, Abad afirma que todas aquellas teorías que dudan de esta bondad inherente a la naturaleza humana son teorías que apoyan el autoritarismo y la opresión.

Sin embargo, Abad de Santillán no acepta de manera ciega este deseo de libertad a la ligera. Sino que sabiamente puntualiza, como se señaló anteriormente, que si de hecho existe la esclavitud y el sometimiento es porque hay quien se conforma con ella. Es por ello, que no se ha de idolatrar la espontaneidad de las masas, impidiéndonos una posición crítica frente al pueblo. Pese a ello, Abad de Santillán y todos los anarquistas, confían en la capacidad creadora de las masas para la construcción de una sociedad más justa y libre. Una confianza necesaria para conseguir tal meta, ya que de no ser así terminaríamos cayendo en un “vanguardismo mesianista”, en el cual sería una élite la que dirigiría al pueblo en busca de esa ansiada sociedad mejor; pero que finalmente como nos ha enseñado la historia, terminaría conduciendo a un régimen totalitario déspota defendido en nombre del pueblo.

⁷ José, F., 1964. *Diccionario de filosofía. Tomo I (A-K)*. 5th ed. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, p.161.

Para Abad es un error pensar en que existen verdades absolutas, dogmas, o leyes que determinen cómo se ha de actuar. Él argumenta que, si tenemos una serie de creencias que no pueden someterse a crítica, que son intocables por el hecho de presentarse como la verdad única y evidente, además de que esto conlleve problemas epistemológicos, estas creencias terminarán por convertirse en la ideología de la dominación. Así, frente a esto, surge uno de los pilares de la libertad de la que Abad nos habla. Y si hace ya siglos las cuestiones divinas podían hacer al hombre caer en el dogmatismo, este problema en los últimos siglos se ha trasladado a la ciencia. De ahí que nuestro autor, siguiendo a Malatesta, afirma que ningún socialismo puede basarse en la ciencia, y, en consecuencia, ser científico. Podrá aportar datos, pero nunca demostrar nada acerca de cómo es o como se alcanza la libertad, ya que ni siquiera esta es una competencia científica, su campo de estudio como es evidente es otro.

La libertad solo puede estudiarse a través de la filosofía y dependerá del anhelo del hombre de realmente obtenerla. Para obtener verdades científicas las hipótesis han de ser confirmadas, sin embargo, el socialismo se limita a realizar hipótesis, pero de ninguna manera puede llegar a contrastarlas. Hay que tener en cuenta que no por esto, el socialismo es menos valioso, sino que lo único que nos indica es que sus metas no son contrastables, aun siendo bien intencionadas. Lo cual sitúa al socialismo en una constante fase de experimentación en la que ha de manejarse con unas hipótesis que pueden ser válidas para un determinado lugar y tiempo, pero no para otro.

Es por ello que dentro del pensamiento anarquista no existen dogmas y verdades absolutas; y mucho menos hombres que las interpreten y se crean en posesión de la verdad con la intención de imponérsela a otros. En su filosofía no encontramos una serie de tesis que pueda considerarse como sus preceptos para conseguir una sociedad libre, sino que cada una de las distintas sociedades deberá elegir aquellas hipótesis que mejor se adapten a ella. Hipótesis que pueden ser cambiadas en cualquier momento, si se descubren otras que se adaptan mejor a las necesidades de los hombres. Se pone así en práctica una experimentación constante con diferentes hipótesis que pueden ir cambiando acorde a las necesidades de un determinado momento, algo que solo se puede conseguir si se da en libertad.

Como decíamos, el anarquismo no es una doctrina definida sino más bien una serie de principios (libertad, justicia, igualdad) a partir de los cuales, surge todo un pensamiento amplio y diverso, no definible bajo una única perspectiva. Esto mismo ha servido de caldo de cultivo para numerosas críticas; se ha dicho del anarquismo que no es sistémico, y que parece un pensamiento vago y repleto de ideas felices. Pensamos que se trata de una crítica que realmente no se corresponde con la realidad. Es cierto que no es una corriente sistémica, pero es precisamente aquí donde radica su belleza. Al no constituirse como un sistema cerrado se garantiza la necesidad de experimentación, lo que conduce a asegurar y a ejercitar la propia libertad que tanto anda buscando. De tal manera, que es completamente coherente con aquello que busca, poniéndolo en práctica en su propia búsqueda, siendo la libertad no solo la meta sino también el camino.

Prueba y error termina significando progreso. Y esto es lo que subyace tras el método hipotético-deductivo que utilizan las ciencias. Es por ello que, probablemente debido a la autocrítica que le es inherente al anarquismo, este puede asemejarse más a las ciencias que otro tipo de socialismos que malamente se denominan “científicos”. Cuando este tipo de socialismo utiliza más bien un método dialectico, método en el cual el anarquismo, y sobre todo Kropotkin, siempre vio un peligro autoritario. Hay que dejar claro que esta tesis no es de ninguna manera un argumento de autoridad, es decir, que no es mejor el anarquismo por el hecho de parecerse más a la ciencia, sino que únicamente como veníamos hablando del socialismo y de la ciencia, se pone en relación la filosofía libertaria con respecto a esta.

El papel de la educación, la ciencia y la historia en el anarquismo de Abad de Santillán

Siguiendo la estela que venimos dibujando, no es ilógico pensar que Abad de Santillán opine que la libertad solo se aprende haciendo uso de ella. Es decir, que de ninguna manera se puede llegar a experimentar la libertad si a uno se le impone. Como consecuencia el anarquista tendrá una labor educadora, y no dogmática, al tratar de hacer a los demás reflexionar acerca de las cuestiones y los problemas del mundo, pero siempre sin señalar el camino que uno ha de escoger. Solo se puede llevar a cabo de esta

forma, porque solo apelando a las facultades del hombre y a su autonomía es como se respeta su propia libertad. Uno debe ser responsable y consciente de su propia libertad y de sus acciones, de ahí el componente ético de la cuestión, pero ya no solo en el marco de la cotidianidad, sino también en el político.

Todo esto deja bien claro el distanciamiento que toma Abad de ese socialismo mesiánico que señala como se ha de vivir y qué se ha de hacer, eliminando la capacidad de acción, de pensamiento crítico y la libertad individual. “*A las personas no las libera nadie; a lo sumo podemos ayudar a que se liberen, a que valoren la lucha contra todo tipo de opresión y el ser dueños de sus destinos, pero su libertad será labor exclusivamente suya*”⁸. No existe ningún mesías que vaya a salvar al pueblo, y aquellos que prometen a este salvarlo de quienes niegan su libertad, si finalmente se les otorga confianza terminarán restaurando los mecanismos opresivos que supuestamente trataban de destruir. El poder corrompe y, por muchas promesas y fe que estos supuestos líderes tengan, terminarán por sucumbir. Ante lo cual, no hay mejor justificación que la que nos deja la historia. Lo que radica bajo esta idea es que no es posible plantear la consecución de unos fines, tratar de alcanzar una sociedad libre en este caso, a través de unos medios que se encuentran en contradicción con dichos fines. El derecho a la libertad tiene tanto valor que ha de respetarse, incluso contando con la posibilidad de que se pueda errar; o con la posibilidad de elegir diferentes caminos que puedan no conducir a ningún lugar o que, incluso, nos puedan llevar a retroceder en el camino que venimos recorriendo.

Ante este planteamiento cabe la posibilidad de realizar dos críticas. La primera de ellas es que existe un riesgo de caer en una ineficacia política, algo que, aun siendo duro, ha de admitirse. De esta forma el anarquismo se antepone en cierta manera al riesgo de contradecirse a sí mismo una vez puesto en práctica, teniendo presente la posibilidad de caer en el error y respetando siempre su máxima a favor de la libertad. No obstante, otro tipo de filosofías han llegado a contradecir su propio pensamiento teórico al llevarse a cabo debido a su poca autocrítica, al seguir los pasos de su propia doctrina como si de un recetario se tratase, y debido a su justificación incondicional de sus medios con tal de alcanzar los fines, lo que provocó que terminaran cayendo en el riesgo que los medios entrañaban. La filosofía libertaria asume el riesgo de fracasar en su búsqueda de una

⁸ García Moriyón, F., 1982. *Pensamiento Anarquista Español: Individuo Y Colectividad*. Memoria para optar al grado de Doctor. Universidad Complutense de Madrid, p. 726.

sociedad mejor, porque no es una doctrina fija, es un pensamiento vivo que evoluciona y se adapta, pero sin olvidar en ningún momento su meta y sus principios, lo que no hace más que hacerlo coherente consigo mismo.

Por otro lado, encontramos una crítica que siempre se ha dirigido contra el anarquismo: su carácter utópico. El filósofo Carlos Díaz, quien además fue amigo de Abad de Santillán, afirma que, aun siendo una utopía, es una utopía revolucionaria que de ninguna manera elude su compromiso con las necesidades de lucha contra el sistema. Por consiguiente, todo lo que tiene que aportar no permanece en el ámbito de la filosofía de salón, sino que son convertidas en vida, y no hay mejor ejemplo que el de la biografía de nuestro autor. García Moriyón incluso plantea que quizás esta defensa a ultranza de la libertad fuese una de las claves importantes a la hora de explicar la derrota de la revolución anarquista de mayo de 1937, y las dificultades que tuvieron para hacer uso del poder.

Esta búsqueda de la libertad y de la sociedad que la sustenta, es bastante probable que se dé de múltiples formas diferentes entre sí. Es por ello, que frente al centralismo que tiende a uniformar, que tiende a defender que lo que es válido lo es para todos, la organización revolucionaria, ha de ser necesariamente federalista, pues esta contempla las diferentes circunstancias y situaciones que se dan en las diversas sociedades humanas. De tal manera que, al mismo tiempo, Abad previene contra un posible poder central que destruya la capacidad creadora del pueblo.

Esta estela es fácil de seguir si se tiene en cuenta que es imposible predecir el futuro en cuanto hablamos de asuntos humanos. Y, como tal, no es difícil pensar que no nos conviene un camino único. Así, no es comprensible opinar que se dé una única interpretación racional del mundo. Todos los intentos de predecir el futuro de la humanidad son en vano, y esto es algo que termina por verse con el transcurso de la historia. Sin embargo, ese científicismo al que nos encontramos sometidos nos marca en gran medida nuestra manera de pensar, y nos hace creer que de alguna manera se puede prever el futuro, extrapolando el método hipotético deductivo fuera del campo al que pertenece. Cuando en estos aspectos se habla sobre el tiempo que está por venir, solo la afirmación de que el futuro es indeterminado puede ser válida. Así, siguiendo a Santillán: “[...] el futuro significa la imposibilidad de saber lo que va a pasar, por lo tanto, de saber que nuestras hipótesis son las únicas válidas. Es mejor ponernos de

acuerdo en lo que ahora impide la marcha de la historia o el desarrollo de la libertad, pero dejar gran libertad en el momento de proponer soluciones”⁹.

Y es que, si realmente seguimos la perspectiva científica, sabríamos que su método, aun con sus limitaciones, es útil para su campo. Pero que nosotros, únicamente deberíamos abrirnos a hacer uso de una libre experimentación, renunciando al totalitarismo y a la determinación. La misión del anarquismo es, por tanto, concretar la posibilidad revolucionaria en cada uno de los diversos momentos, dejando a las generaciones futuras, la continuación de una obra que no tiene meta, que está en continuo crecimiento y que planteara nuevos problemas que no se pueden prever hoy en día.

Conclusión sobre la libertad

Como conclusión acerca del tema de la libertad es importante recalcar, que, para el anarquismo, “[...] *la libertad es sobre todo ausencia de opresión, confianza en el hombre y en su capacidad creadora, respeto a la complejidad y diversidad de la sociedad, respeto al derecho a equivocarse y aceptación del futuro con todas sus consecuencias*”¹⁰. Sin embargo, es también importante destacar que es una sociedad solidaria y comunitaria. Y esto es importante porque Abad de Santillán, al igual que la corriente anarquista comunitaria a la que pertenece, ve que nuestra libertad no halla limite en la libertad de los demás, sino una confirmación y un apoyo de la misma, así un hombre es mucho más libre si este vive en comunidad. Como vemos esta corriente es contraria a una concepción liberal, la cual solo contempla la libertad de los otros como una limitación a la libertad propia. No obstante, el anarquismo comunitarista¹¹, el predominante, se sitúa en equilibrio entre la defensa del individuo y la colectividad, buscando la reconciliación de ambos. Al contrario que las corrientes liberal y marxista, las que terminan por decantarse por el individuo, o por la colectividad respectivamente.

⁹ *Ibid.*, p. 728.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ También existe una vertiente del anarquismo individualista.

2. La cuestión del Estado y el sentido de la revolución.

Ligada a la libertad y a su defensa, encontramos el sentido de la revolución. Es destacable mencionar que nuestro autor, aun siguiendo la estela del pensamiento anarquista, habla del “sentido de la revolución”, y no directamente de “revolución”. Con esta delimitación lo que Abad pretende es separarse de toda concepción jacobina de la revolución. Es decir, quiere marcar distancia con esa defensa a ultranza de ideas revolucionarias y radicales sin juicio alguno, llevadas a cabo únicamente por una minoría, y vinculadas a una concepción catastrofista de la revolución, la cual defiende que esta es solo posible a través del uso de la violencia. Abad tiene presente una consideración de la revolución como algo serio e importante, algo que al fin y al cabo tiene como fin transformar todos los aspectos de la vida humana hasta sus raíces, siempre con miras a una vida mejor.

La necesidad de sujetos autónomos y conscientes para hacer la revolución

Sin embargo, la revolución exige un hombre nuevo, no solo una sociedad nueva; pues de ninguna manera puede darse una sociedad anarquista si no hay hombres capaces de vivirla. La revolución tiene como fin la libertad, sí, ¿pero, qué es a lo que nos referimos con esto? A grandes rasgos, a que el hombre sea dueño de su propia vida y que sea capaz de tomar decisiones acerca de su propio destino en el marco de lo político. Para esto el individuo debe ser consciente de sus posibilidades y de su capacidad para llevarlas a cabo, es por eso que debe ser capaz de vivir la anarquía. Esto trae como consecuencia el que los individuos, tanto a nivel individual como sujetos, como a nivel colectivo como pueblo, deben ser los actores políticos. Y, por ende, no pueden verse dirigidos como meros peones en el tablero, como un junco que se mueve siempre en la dirección en la que sople el viento, si de lo que se trata es precisamente de convertirse en sujetos políticos autónomos y conscientes.

De aquí que el anarquismo tenga muy presente que un cambio en el poder no supone de ninguna manera liberar al hombre. El poder es lo que impide a los hombres que sean

libres, es por ello que seguirá existiendo un poder superior a los hombres que los dirige y oprime, aunque los poseedores del mismo sean otros. Por tanto, de nada sirve que la revolución sea dirigida por una minoría que lo controle y lidere todo, pues esto solo puede significar un cambio de manos en cuanto a la posesión del poder, pero no la destrucción del mismo, algo que ya hemos podido comprobar a lo largo de la historia. En definitiva, la revolución ha de ser hecha por el pueblo, y solo llegará hasta donde el pueblo pueda llegar.

Critica a la concepción jacobina de la revolución

En segundo lugar, Abad critica la concepción jacobina de la revolución por ser destructiva y tener presente en ella un pensamiento infantil, bajo el cual cree que, por el simple hecho de hacer uso de la violencia, con la revolución se destruirán las cadenas, y el hombre será libre y bueno, al haber acabado con aquello que lo oprimía y lo corrompía. Desgraciadamente, a menudo se asemeja el anarquismo con este tipo de revolución, pero lejos de esta infamia, el anarquismo no se olvida de la parte de la revolución en la que se ha de construir un nuevo mundo. Y, en este sentido, no se puede delegar en otros aquello que es de nuestra incumbencia, pues esto solo conduce a la reimplantación de una nueva dictadura. Es importante destacar que, negado el jacobinismo político y el catastrofismo revolucionario, se niega también la mística de la violencia como forma de construcción de un mundo nuevo. Una crítica a la violencia que ha sido una constante a lo largo de toda su vida y, como hemos visto en su biografía, realizó en numerosos artículos para el diario anarquista argentino *La Protesta*.

La violencia solo sirve para derribar obstáculos, pero nunca puede considerarse como una herramienta de construcción de un mundo nuevo. Así, una revolución integral nunca puede imponerse por la fuerza. Hay que ser tajante en este tema porque caer en la mística de la violencia solo puede conducirnos al fracaso y al desastre. *“La revolución no se hace en las barricadas, sino en el terreno de una acción sobre la conciencia humana; no hay que olvidar nunca que la guerra es un mal, aunque en algunos momentos sea un mal necesario, y que en la lucha y la violencia los hombres no se*

hacen mejores, sino peores”¹². Abad considera que los mejores revolucionarios de todos los tiempos son apóstoles de justicia, y no cobradores de venganzas.

Esta posición no es de ninguna manera cobarde, sino que es crítica contra la glorificación de la violencia que se ha hecho desde alguna de las perspectivas. Abad de Santillán reconoció que el uso de la violencia es un mal necesario en alguna de las ocasiones, y lo demostró con su ejemplo como se puede ver en su biografía. Sin embargo, esto no entra en contradicción con lo que venimos diciendo. Puesto que lo que se critica es la glorificación de la violencia y su uso desmedido para conseguir los objetivos de la revolución sin tener en cuenta las repercusiones de la misma. Tras ello lo que encontramos como base, y que es uno de los principios que marcan profundamente la filosofía de Abad, y que también, como hemos visto, subyace al tema sobre la libertad, es que “el fin no justifica los medios”. Y es que, incluso en tiempos convulsos, después de julio de 1936 en España, hubo voces como la de Juan Peiró que denunciaron que no se podía imponer el comunismo libertario por la fuerza; o como Vernon Richards, quien llegaría a afirmar que el uso de la violencia fue una de las causas de la derrota del anarquismo en la revolución española de 1936-1937. Si rescatamos lo dicho cuando hablábamos de la libertad, se ve no solo de manera clara sino también lógica que no se pueden imponer a nadie las ideas anarquistas pues, al fin y al cabo, si esto se hiciera, el anarquismo atentaría contra sus propios principios; de igual manera ocurre con la revolución. Esta ha de nacer del pueblo, y llegará tan lejos como este se proponga.

La revolución anarquista y la oposición al poder

Como bien hemos venido señalando, quizás el rasgo característico, o uno de los más característicos del anarquismo, sea su oposición al poder. De ahí que este se sitúe en contra de cualquier dictadura, incluida la dictadura del proletariado. El anarquismo de Abad se aleja completamente del marxismo puesto que, siguiendo la idea de que el fin no justifica los medios, Abad afirma que es preferible la derrota de la revolución que una dictadura del proletariado; puesto que cualquier dictadura es ya una derrota en sí.

¹² *Ibid.*, p.731.

Para nuestro autor las dictaduras se apoyan en épocas de crisis en las que a los hombres les resulta más cómodo recurrir a un salvador que a sí mismos, al igual que la convulsión social que generan las guerras también pueden ayudar a que se erijan. Es por ello, que los hombres han de ser responsables y deben tomar las riendas del destino de sí mismos como pueblo, puesto que, si se las confían a otros, nunca podrán llegar a ser libres. Es por ello que para el triunfo de la revolución anarquista es de vital importancia que la lucha contra el régimen anterior sea lo más breve posible, puesto que durante la guerra y mientras haya violencia, no se podrá llegar a construir un nuevo orden revolucionario.

Como se venía diciendo, el autor rechaza la dictadura del proletariado, pues una dictadura jamás tiene una pretensión transitoria, el poder corrompe y solo busca perpetuarse a sí mismo. Este es el problema que aparece al participar en la organización estatal o a la hora de tratar de crear una nueva, pues allí aparecerán falsos profetas quienes dicen estar en posesión de la verdad y cuyos intereses dicen ser los del pueblo. Sin embargo, estas no son más que intenciones buenistas y falsas que ocultan su afán por obtener poder y mandar imponiendo sus ideas. El pueblo no necesita a nadie para ser salvado, el pueblo no solo puede, sino que debe salvarse a sí mismo. Solo así triunfara la revolución. ¿Pero, quiere decir esto que no existe una etapa de transición en el anarquismo?

El anarquismo no solo reconoce una etapa de transición, sino que reconoce muchas, pues este no tiene una meta, la cual una vez alcanzada significa que el proyecto revolucionario ha llegado a su fin. Más bien la revolución anarquista es un proceso que se da de manera permanente, pero esto es algo que veremos más adelante. Lo que está claro, es que los anarquistas no pueden renunciar a unos principios básicos ni durante la transición, ni después de ella, pues estarían traicionando aquello por lo que luchan. Es por ello que principios como la libertad, la lucha contra el autoritarismo, o la confianza en la capacidad creadora del pueblo son principios que deben respetarse y encontrarse presentes siempre que se pretenda hacer la revolución.

Ahora bien, la única forma de defender la revolución es mediante el pueblo en armas, todo el pueblo, sin que este tenga un cuerpo especial como el ejército tradicional. De ahí el rechazo de los anarquistas a la militarización durante la guerra civil española, ya que insistían en mantener las milicias populares. Estas milicias populares combatían en dos

frentes, por un lado, luchaban contra el enemigo y, por otro, hacían la revolución construyendo las colectividades.

El sentido de la revolución

Cuando hablamos de transición, esto no supone dividir la historia en dos como hacen otro tipo de filosofías, con un criterio simplista que divide lo anterior a la revolución como lo malo, y lo posterior como lo bueno. Este planteamiento está presente de manera general en todo el socialismo, y entiende, como veníamos diciendo, que la etapa de transición no tiene ningún valor en sí, al igual que la Edad Media carecía de valor para los hombres del Renacimiento. No obstante, esto finalmente conduce a algo peligroso, y es el hecho de que al carecer de valor la etapa transitoria, se podría hacer casi cualquier cosa en dicha etapa dada su concepción como provisional, y en el momento en el que el fin justifica los medios, se corre el riesgo de caer en una dictadura o en la barbarie. Es aquí donde los anarquistas, aunque solo apuntaron el tema, ven la revolución como algo continuo que avanza permanentemente hacia una sociedad mejor.

Esto sugiere una nueva manera de hacer la revolución. Abad de Santillán entendía que esta podía darse de tres formas: 1) favoreciendo todo progreso, es todo aquel avance de la humanidad en el cual se encuentra diluida la labor de los anarquistas; 2) a través de un golpe revolucionario, mediante una insurrección armada del pueblo para destruir los obstáculos que impiden el avance de la humanidad; y 3) con una revolución permanente que debe empezarse hoy mismo, sin esperar a ninguna reacción del pueblo. Estas tres formas no son contradictorias, sino que se complementan entre sí. Pero si de entre ellas tuviéramos que escoger una como la más importante, sería sin lugar a duda la última. La razón es que es en ella donde puede recogerse las otras dos concepciones de la revolución, y que nos dispone a hacer la revolución sin demora, a buscar el verdadero cambio en la sociedad desde hoy mismo, sin esperar a la llegada de un mesías revolucionario, a lo que se opone el anarquismo como ya dijimos, o a la espera de una insurrección del pueblo.

Uno de los problemas que ha tenido el movimiento obrero, ha sido el de reducir el significado de la revolución a la segunda de las concepciones antes mencionadas, algo

que probablemente sea influencia de la Revolución Francesa y de la Revolución Rusa. Pero la revolución debe entenderse como algo más, no solo como el movimiento de insurrección, sino en su totalidad como también la aspiración y la construcción de una sociedad de hombres libres e iguales. Lo que implica siempre la no imposición y el respeto a la libertad individual, al igual que la libertad de experimentación con el fin de intentar alcanzar esa ansiada mejor sociedad. Una experimentación que se lleva a cabo a través de la persuasión y el ensayo crítico. *“Por eso la revolución social no es la realización de un programa elaborado, independientemente del grupo que la haya elaborado, sino la acción destructiva y libre del pueblo insurreccionado y el establecimiento de nuevas relaciones sociales entre los hombres liberados de los imperativos del autoritarismo y la violencia estatal”*¹³.

Pero la revolución necesita de hombres nuevos, ya que solo habrá anarquía si hay hombres capaces de vivirla, hombres capaces de ser dueños de sí mismos. Unos hombres que vivan la vida según sus propias convicciones, y acorde a los ideales anarquistas. La revolución no queda limitada a nuevas formas de organización, ni a un cambio de las relaciones de producción, pues, aunque se den, esto no significa que deje de haber opresión. La cuestión de la revolución es un problema de contenidos, de una nueva concepción de la vida y de cómo vivirla, significa el cambio de las estructuras, un cambio en la sociedad y en la ética. En definitiva, es una revolución integral que cambia tanto la sociedad a mejor, como hace al hombre capaz de vivirla.

Y esa revolución ha de empezar hoy. Toda pequeña conquista de bienestar es aceptada, aunque esta parezca insuficiente. El debate entre reforma y revolución está mal planteado, sobre todo porque, como veíamos antes cuando hablábamos de revolución, esta se ha reducido al carácter de insurrección violenta. Pero la revolución en términos generales es el resultado de un largo periodo de grandes reformas que termina en un cambio sustancial de la sociedad. Sin embargo, Abad de Santillán destaca que ante estos cambios surgirán reaccionarios, los cuales no son aquéllos que no defienden las reformas, sino quienes haciendo esto se olvidan de la necesidad de hacer la revolución en su sentido pleno, al igual que quienes piensan en una solución revolucionaria se olvidan de construir la sociedad socialista tanto antes como después de la revolución. Y es que solo se cosechará mañana lo que sembramos hoy. Y es precisamente por este tipo de reformas, por lo que los anarquistas acaban adoptando preceptos y abriéndose a otros

¹³*Ibid.*, p. 736.

temas, que movimientos socialistas diferentes no prestan mayor atención como el feminismo, la educación sexual, la escuela, etc.

Al mismo modo no podemos olvidar que si defendemos las reformas, si pensamos que es mejor que la revolución comience hoy que mañana, esto no hace más que indicar que la revolución no tiene límites. Cada generación ha de enfrentarse con sus propios problemas construyendo continuamente esa aspiración a un mundo mejor. Las metas que nosotros consigamos serán el punto de partido de nuestros predecesores. Y con ello surgirá otro ideal de progreso que llevará a la sociedad un paso más allá de lo que nosotros imaginamos hoy, y así sucesivamente. Claro está que valores como la justicia y la libertad son la esencia de lo que el anarquismo defiende, y por ello deberán defenderse siempre.

La revolución es, por tanto, algo más que un problema de cómo organizar las fuerzas productivas de una sociedad. Para Abad de Santillán si la revolución se redujera a esto, se habría sacrificado su auténtico sentido, pues no es la forma lo que va a definir una sociedad nueva sino los contenidos que dan sentido a las formas organizativas. El organismo económico ha de ser socialista, pues también pueden darse en el capitalismo consejos y colectividades, con la explotación e insolidaridad que le es inherente a dicho sistema. Así pues, Abad de Santillán advierte que durante la revolución española hubo colectividades industriales que cayeron en nuevas formas de capitalismo, aunque fuera un “capitalismo obrero”. Lo que realmente termina haciendo de las colectividades algo revolucionario es una nueva concepción de la vida.

La sociedad socialista será una sociedad de hombres libres e iguales, y esto es una necesidad de independencia y solidaridad más que una necesidad originada por el desarrollo de las fuerzas productivas. La revolución es la construcción de la comunidad, la consecución del entendimiento, la solidaridad y la comunicación entre hombres. Donde el trabajo juega un papel determinante a la hora de configurar la libertad del individuo.

La revolución es una recuperación del sentido humano del trabajo, un trabajo que no esté separado del hombre, en el que el obrero llegue a sentir cariño a sus herramientas; pero no se hace aquí una apología del trabajo, al estilo clásico del puritanismo capitalista o de la mística stajanovista igualmente capitalista: el trabajo es un mal necesario del que si se pudiera prescindir, se prescindiría aunque se

reconozca que el trabajo es la única fuente de riqueza y de liberación de las personas.¹⁴

El trabajo ha de encontrar su ser en una sociedad descentralizada organizada de abajo arriba por el libre acuerdo entre los hombres. Sustituyéndose los criterios capitalistas (rentabilidad, especulación y ganancia) por un nuevo sistema basado en la satisfacción de las necesidades, tanto individuales como espirituales o sociales que dependerán de cada momento y lugar. De esto se deduce que en esta sociedad no hay cabida ni para un Estado regulador ni para la existencia de la propiedad privada en cuanto a los medios de producción se refiere.

Es importante recordad que la Anarquía va más allá de una organización económica, sino que exige una larga y profunda educación y que, aunque es cierto que la abundancia es en cierta manera una condición necesaria para la libertad y la justicia, no es una condición suficiente.

3. El anarquismo de Abad de Santillán

Durante los años veinte la propia definición del anarquismo y su sentido fue uno de los mayores problemas para los libertarios. Es por ello, que todos los autores libertarios se aventuraron a definir como entendían ellos tal filosofía, generándose así una amplia gama de corrientes anarquistas. Abad sigue la estela de una forma de anarquismo que ya había tenido representantes en España, como Fernando Tarrida del Mármol y Ricardo José Clemente Cea. Ésta supone profundizar en los planteamientos clásicos mostrando un anarquismo en su estado más puro y con un fuerte carácter ético, carácter que ejerce una notable influencia en el marco de lo político y de lo social del pensamiento libertario.

“Nosotros encarnamos el polo de la libertad, el anhelo tradicional de las minorías que pugnaron siempre por la justicia; somos como el resumen, la síntesis de diversas tendencias progresivas históricas, que se han ido depurando de errores, de

¹⁴ *Ibid.*, p. 740.

contradicciones y de deficiencias.”¹⁵ Es por ello que Abad de Santillán entiende el anarquismo como la punta de lanza de toda corriente que va surgiendo a lo largo de los siglos que ha luchado por la libertad y la justicia. De tal modo que el anarquismo es, en definitiva, la más alta expresión de la libertad y la justicia al encarnar un viejo anhelo de la humanidad. Un anhelo que aspira a la construcción de una sociedad nueva, donde se defiendan las condiciones anteriormente mencionadas, y que terminarán por instaurar la felicidad y el orden en la vida de los hombres, la aspiración constante a construir en la tierra el paraíso de los profetas bíblicos. El anarquismo es, finalmente, una concepción humanista, así Abad considera que los que ahora se llaman anarquistas antes recibieron otros nombres.

Nuestro autor no liga estrictamente la aparición del movimiento libertario a una lucha por la liberación de la clase obrera de la sociedad industrial, sino que esta comienza a fraguarse mucho antes y que solo es en esta sociedad cuando se constituye de manera íntegra como tal. Para él, poco importa que se utilice a Cristo o a Bakunin para luchar por la libertad. Estos personajes solo son diferentes referentes históricos de un mismo anhelo de libertad, destacando el papel del segundo frente al primero como quien consiguió formular mejor el problema. Así pues, nuestro autor hace referencia a las luchas de los menestrales de Córdoba en el siglo XIII, el arraigo de los municipios y los gremios durante la Edad Media, las diversas luchas en esa misma época de los payeses de remensa, los conflictos de Fuenteovejuna, los comuneros de Castilla, etc., como diferentes ejemplos de ese anhelo de libertad. Pero solo cuando se adecue el pensamiento libertario a unas determinadas circunstancias, se puede decir que se está luchando de forma efectiva contra todo lo que reacciona contra una sociedad de libres e iguales.

Esta forma de caracterizar el anarquismo no es exclusiva de Abad de Santillán, también Ángel Cappelletti ha recogido este planteamiento afirmando que es posible trazar una prehistoria del anarquismo, siempre que esta no se confunda con el anarquismo propiamente dicho, el cual nace y se desarrolla a lo largo del siglo XIX con la revolución industrial y el nacimiento de la clase obrera. Es decir, que se puede hablar precisamente de unos antecedentes del anarquismo, trazándose una línea a partir de ciertos movimientos y acontecimientos históricos, los que van dándole forma, pero

¹⁵ Abad de Santillán, D., 1978. *El organismo económico de la revolución*. Estudiopreliminar de F. Garcí. Madrid: Zero, p.59. (Citado en: García Moriyón, F., 2021. *Del socialismo utópico al anarquismo*. 1st ed. Buenos Aires: La Plata, pp.17 y 18.)

siempre sin que ninguno de estos acontecimientos pueda caracterizarse como anarquistas. Así como la prehistoria no es historia sino antropología, estos acontecimientos de los que hablamos no son anarquismo sino otra cosa, simplemente son los antecedentes del mismo, aquello que lo precede y de donde nace. Este pensamiento también podemos encontrarlo en Kropotkin si examinamos la definición de *Anarquismo* que da para la *Enciclopedia Británica*¹⁶, y que también vemos reflejada en su obra *El apoyo mutuo*, donde hace un recorrido por la historia de la humanidad mostrando las diferentes manifestaciones de organizaciones solidarias y no jerarquizadas. Él señalaba dos concepciones de la sociedad, el socialismo no autoritario, que es defendida por el anarquismo, y la jerárquica.

El anarquismo es una utopía continuamente humanista, pero que no culmina en una estructura sin tensiones ni problemas. Abad renuncia, como bien hemos dicho, a esa sociedad perfecta en la cual habrían desaparecido las contradicciones sociales, una sociedad en la que se ancla la gran mayoría del movimiento obrero. El anarquismo de nuestro autor apunta más allá de esta concepción, ya que, aunque es bien intencionada, también es ingenua. Así pues, se plantea el anarquismo como la superación de ese pensamiento buenista, convirtiéndose precisamente en el menos utópico de todos los movimientos socialistas. Ahora bien, quizá uno de los rasgos más importantes del anarquismo que venimos definiendo es que este es independiente de las circunstancias económicas, no cae en el error de considerar a todos los sistemas políticos o gobiernos como malos de la misma manera, los hay más o menos justos, con mayor o menor distribución de la riqueza, etc. Este es independiente de las condiciones económicas, y en la medida en que se caracteriza como una actitud frente a la vida, puede manifestarse independientemente de cómo se rijan las fuerzas productivas. Diferenciándose así del marxismo que surge como la cura a la enfermedad capitalista, como el corolario del sistema liberal.

La preocupación que tiene por ende Abad de Santillán es que su filosofía no caiga en una concepción excesivamente economicista y mecanicista del socialismo, como ha ocurrido con el marxismo y en ocasiones con el propio anarquismo. Él contempla esta línea de pensamiento como algo que va más allá de la estructura económica y política que afecta al hombre, pues es en la voluntad del sujeto individual donde se origina el

¹⁶ Ref. Various, 1911. *The Encyclopædia Britannica a Dictionary of Arts, Science, Literature and General Information*. 11th ed. Horace Everett Hooper.

cambio social. Y, aunque él mismo escribió sobre la administración económica de la revolución, reconoce que pueden darse diversas orientaciones económicas; según las circunstancias y el lugar, a unos les serán más convenientes unas determinadas prácticas en lugar de otras. Además, no termina por reducir la revolución al aspecto político-económico, sino que destaca que la lucha por la libertad no tiene límites materiales. Por tanto, el anarquismo no queda reducido al ámbito económico-político, pero tampoco a la supresión del Estado, sino que este pretende enseñar a los hombres a ser dueños de sí mismos, a ser sujetos autónomos, porque el anarquismo, dice Abad, no es una doctrina de iglesia o un partido político, sino una forma de vivir y de pensar.

Por otro lado, la comprensión del anarquismo significa no confundir el socialismo con la ciencia, como pretendía el marxismo y como se ha pretendido desde alguna de las posturas anarquistas como la de Kropotkin. Para Abad, la sociedad anarquista no termina por cumplirse según las leyes de las fuerzas productivas o la ley del apoyo mutuo, sino que siguiendo los pasos que ya dibujaron Errico Malatesta o Federico Urales¹⁷, afirmaba que esta llegará solo si el hombre quiere y está preparado para abrazarla. Lo que no significa que estos pensadores rechacen la ciencia, sino que opinan que esta tiene su propio camino, pero no es la de predecir una sociedad futura. Por otro lado, también significa que el anarquismo no tiene un programa fijo, lo que, lejos de ser una debilidad, termina por ser uno de sus puntos fuertes, puesto que al no agotarse con un triunfo eventual permanecerá luchando de manera continua contra la opresión. Algo que llega a influenciar hasta su propia filosofía, la que es autoconsciente de no poseer el monopolio de la verdad, y poder verse sometida a crítica, siempre sin perder la meta de alcanzar la máxima justicia y la libertad para los hombres. Así, se presenta como la aspiración infinita de libertad, encontrándose condenada a no completarse nunca. De tal manera, podríamos decir que el anarquismo es como un camino que debe andarse constantemente

El anarquismo es algo que se hace, no una meta a la que se puede llegar. Es precisamente un desarrollarse constante, podríamos decir que su fin es ser un medio. La anarquía es, por tanto, un ideal al que aspiramos. Pero un ideal que no debe confundirse con las tácticas concretas mediante las cuales se pretende alcanzar ese ideal. Ya, que como indicamos, estas técnicas son variables, y serán diferentes para cada época, zona o grado de desarrollo moral, según sus circunstancias. Así pues, es posible llegar a la

¹⁷ Uno de los seudónimos más conocidos del anarquista Juan Montseny Carret.

misma meta desde diversos caminos, e incluso se hace necesario caminar por diferentes senderos aun a riesgo de no llegar al destino, puesto que el camino solo se puede hacer en libertad, y cuando se vive bajo esta máxima cabe la posibilidad de errar. Pero, al fin y al cabo, ¿no es así como avanza la humanidad? Ya sea en política, en ciencia, en historia, etc., la humanidad se va desarrollando únicamente si es capaz de sobreponerse y evita los errores que cometió en el pasado. Sin embargo, es importante destacar, como bien decíamos, que no todas las tácticas son válidas, puesto que el fin no justifica los medios para la filosofía anarquista. Existen medios que entran en contradicción con los fines que se tratan de obtener. Es por ello necesario descartar todas aquellas estrategias que se apoyan en la autoridad o en el estado como herramienta para construir una sociedad nueva.

Esta máxima de que las tácticas pueden cambiar se ve reflejada de manera clara en la vida de Abad. En los años 20, la táctica exigía luchar contra la desviación sindicalista de la CNT; mientras que en los años 30 la posibilidad, cada vez más real de llevar a cabo la revolución, supuso plantearse en profundidad la cuestión de la gestión económica de la misma, luchando contra aquellas propuestas que entraban en contradicción con la economía moderada, y que defendían la exigencia de garantizar un nivel alto de desarrollo material priorizándolos sobre otros intereses. Después del exilio defenderá que es necesario superar el planteamiento tradicional del movimiento obrero y enfrentarse mucho más directamente con el problema del estado y del autoritarismo, aquellos elementos que pueden imposibilitar el origen de una sociedad nueva. Pese a que las prioridades podían variar dependiendo el momento y las circunstancias, Abad siempre sigue fiel al anarquismo, rechazando el gobierno del hombre por el hombre y afirmando la necesidad de la libertad, la justicia y la dignidad.

La relación entre el anarquismo y el sindicalismo

A partir de estos postulados se puede entender la difícil relación entre el movimiento obrero y el anarquismo, problemas que entonces afectaban a la Conferencia Nacional del Trabajo. A propósito de la polémica que apareció enfrentando a sindicalistas y anarquistas, y que con su tesis sobre la trabazón dio origen a numerosos comités con

representación de la FAI y de la CNT, cabe recordar aquí las controversias con Peiró y Pestaña. Algo de lo que no cabe deducir una contradicción con lo que venimos viendo, sino más bien la consecución lógica de lo mismo. Siendo este, además un problema al que ya se habían enfrentado los libertarios en los tiempos de Bakunin, pues era necesario organizar dentro del movimiento obrero a aquellos militantes que tuvieran más claros los principios del socialismo libertario para que impulsaran el movimiento, siendo el motor y el cerebro del mismo. Por esa razón se fundó la AIT, y posteriormente la FAI, y es por este carácter tradicional de la trabazón que ya habíamos visto antes, por lo que queda reflejado que esto no surge con un deseo de control de la CNT. Si posteriormente terminó por derivar en eso, desde luego no fue por algo que le venía exigido desde sus principios teóricos.

Abad entiende el sindicato como un recipiente cuyo contenido puede variar, siendo anarquista, socialista o de cualquier otro tipo. Es por ello que los anarquistas deben de procurar darle cierto contenido, evitando que se produzcan desviaciones reformistas en las que los obreros se contentarían con unas pocas mejoras económicas. Por otro lado, nuestro autor no concibe una unidad de clase que culminase en un sindicato único, al igual que es absurdo pensar que existe un movimiento obrero puro, como defendía Malatesta, aunque este se viera probablemente influido por la situación italiana. Existen numerosas tendencias diferentes en el movimiento obrero, algunas de ellas igual de peligrosas que el mismo capitalismo, pues estas evitarían que la clase obrera tomase conciencia de sus auténticos problemas y los medios idóneos para resolverlos, convirtiéndose los sindicatos en herramientas de los partidos políticos, y que nunca serían capaces de superar el autoritarismo. También hay que destacar que si el movimiento obrero, en concreto el español, llegó a ser lo que fue se debió gracias al papel que jugaron los anarquistas. Todos estos argumentos son las razones que da Abad de Santillán para justificar la importancia y la incidencia de los anarquistas en el sindicalismo, así como para advertir de la necesidad que tiene el sindicalismo de la filosofía libertaria si realmente se propone conseguir sus objetivos, algo que no solo vemos con el ejemplo de la CNT, sino también con el de la I Internacional.

Si como venimos exponiendo se entiende que el sindicalismo necesita del anarquismo, del mismo modo para Abad de Santillán el anarquismo necesita también del sindicalismo. Así pues, la filosofía libertaria debe estar fusionada con el movimiento obrero para mantener el contacto con la vida real. En ocasiones hasta el sindicalismo

inspirado de ideología anarquista es más coherente que los propios grupos de afinidad, en el sentido de que este se acerca más a una lucha por un mundo mejor.

La relación entre anarquismo y movimiento obrero no es una relación de control, como hemos dicho anteriormente. Nada tiene que ver con los sindicatos vinculados a los partidos, o partidos-vanguardia anarquistas que imponen y controlan. No se niega que los anarquistas sean la vanguardia de la humanidad, pues su misión consiste en encauzar hacia el objetivo de una mejor sociedad la rebeldía popular, los anarquistas confían en el hombre, solo pretenden despertarle, convencerle de los males de la autoridad, pero siempre sin imponer. Porque si no irían contra la libertad que tanto defienden, y lo único que pretenden es que los hombres tomen conciencia de su libertad y la hagan suya, sin dejar en manos de otros su vida. Algo que se diferencia del paternalismo marxista, o al menos cuando ha sido aplicado en la práctica, puesto que el partido revolucionario se convertía en vanguardia a la que todos debían seguir.

La libertad no se impone, sino que hay que despertarla. Solo se pueden “imponer” las ideas mediante el ejemplo, nunca con la violencia o la dictadura, porque los ideales del anarquismo (la libertad, la justicia y la igualdad) valen más que el propio anarquismo. Un triunfo del anarquismo impuesto por la fuerza nunca será un triunfo. Así, *“derrotados seguiremos siendo un símbolo de la justicia y la libertad; victoriosos mediante la dictadura nos habremos convertido en nuevos opresores contra los que tendrán que levantarse los auténticos anarquistas”*¹⁸.

¹⁸ García Moriyón, F., 1982. *Pensamiento Anarquista Español: Individuo Y Colectividad*. Memoria para optar al grado de Doctor. Universidad Complutense de Madrid, p. 757.

PARTE III: UN ANARQUISMO ÉTICO

Introducción

Se puede decir que todo aquello de lo que hemos hablado hasta ahora han sido los puntos más importantes y destacados del pensamiento de Abad de Santillán, procurando realizar lo mejor posible un breve resumen de aquello que caracteriza su filosofía. A lo largo de su experiencia existencial, Abad vivió diversas circunstancias y situaciones históricas que no solo le moldearon de manera pasiva, sino que él mismo produjo cambios en los que estuvo involucrado como agente político activo. Una dimensión de su vida que ya hemos dejado patente en nuestra reseña biográfica. Pero como ya hemos dicho en alguna ocasión, esta actividad no es de ninguna manera algo característicamente exclusivo de Abad, sino generalmente de todos los anarquistas, pues al no contentarse con la realidad, por considerarla injusta, se aventuran a transformarla tratando de hacer de ella un lugar mejor en el que habitar. Esto no hace más que remarcar, como también se ha dicho, un elemento clave e implícito del movimiento anarquista y que podemos ver cómo en el propio Abad toma gran importancia, y nos atrevemos a decir que vertebra toda su filosofía: el componente ético. Es por ello, que ahora nos centraremos en la perspectiva ética de nuestro autor y en numerosas ocasiones repetiremos ciertos elementos que ya hemos mencionado, ya que este componente está en toda su filosofía y la marca completamente.

La moral tiñe toda la filosofía anarquista ya que sin un referente ético la conducta no puede romper los obstáculos de la realidad, *lo que es*, para poder alcanzar la inalcanzable *utopía*, aquella meta que continuamente se trata de cruzar, que más allá, lejos de obtenerla nos ha de servir de guía, en definitiva, lo que se aspira del mundo, *el deber ser*. Es por ello, que, en esta última parte, vamos a concretar toda la dimensión ética de Abad tanto la que aparece explícita como la implícita. Elemento clave en la filosofía anarquista, sobre la cual se sostiene todo lo demás, un modelo moral que se pone de relieve en la militancia que ha llevado a cabo durante tantas décadas.

La filosofía libertaria, aun siendo diversa y poseyendo distintas características según el autor, tiene un rasgo común, y que además debe conservarse en sus planteamientos posteriores porque es un rasgo definitorio de esta. Este rasgo es la moralización de la

realidad, el centro del discurso anarquista, siendo el afán de numerosos libertarios contemporáneos el de elevar la moral al corazón del anarquista. La filosofía libertaria, como puntualiza Murray Bookchin, es la única ideología capaz de conducir la libertad, hacía un fin en sí mismo, más allá de las necesidades biológicas de los hombres. Como hemos visto, el sentido de la revolución tiene presupuestos claramente éticos los cuales pretenden transformar también a los hombres, proporcionándoles una regeneración espiritual, más allá del cambio político. Incluso este cambio moral es más importante que el político, ya que sin él no puede darse este otro; y con él realizado ya tendríamos la mitad de la senda anarquista recorrida. Pero esto no significa que ambas esferas puedan tomarse por separado, ya que la vida moral de los individuos no es posible sin que esta se plasme en la sociedad, donde las condiciones morales se pongan en prácticas, así pues, ha de darse una reforma moral que conduzca a un cambio social.

Libertad, medios y fines, sujeto y colectivo

Esta fuerza moral radica, como han apreciado diversos estudiosos, entre ellos García Moriyón en toda la obra del *Pensamiento anarquista español*, en coordinar de manera coherente los medios con los fines. Y aunque en ocasiones hayan existido problemas entre la teoría y la práctica, en Abad el centro moral de su pensamiento es el antimaquivelismo, pues los medios son inseparables del fin toda vez que estos lo determinan. Así pues, su carácter es argumentar desde los fines, es una ética teleológica, no determinista, lo que a la hora de trasladarlo a la vida puede conducir a errores, como por ejemplo pasó durante la guerra civil española. Así la idea principal que queda patente es que *“si para otros el fin justifica los medios, fórmula que traduce el más alto grado de amoralismo, para los libertarios, los medios, cualesquiera que sean las metas, los objetivos, deben armonizarse siempre con los fines perseguidos [...] Los medios deben siempre corresponder a los fines”*¹⁹.

Hay que tener en cuenta que esta coherencia entre los medios y los fines nunca se da desde la perspectiva de una moral privatista, sino que se entiende como una ética de la

¹⁹ Abad de Santillán, D., 1977. *Memorias (1897-1936)*. Barcelona: Planeta., p. 122. (Citado en: Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p. 603).

vida pública. “*El anarquismo siempre soñó con moralizar el ágora*”²⁰, es decir convertir a todos los hombres en agentes activos de la vida política siempre partiendo desde criterios éticos. En definitiva, sin un *deber ser* no se puede ver la realidad y participar en ella de manera libertaria. Este sentido ético en Abad aparece muy temprano y procede de la reciprocidad y del *apoyo mutuo* de Kropotkin, donde queda recogida esa relación entre el sujeto y el colectivo, que en definitiva constituye la relación ético-política, siendo el respeto y la ayuda el criterio para la convivencia.

La moral, aunque esté direccionada hacia la vida con los otros, parte de la individualidad, y para que el hombre concreto pueda ejercer su moral debe contar necesariamente con la libertad. Sin libertad, el anarquismo no puede concebir una reforma integral del hombre, puesto que, en última instancia, esta significa la esencia de su dignidad. La libertad define a la humanidad y a la dignidad que le corresponde, una idea de influencia proudhoniana: “*La libertad es condición primera del estado del hombre; renunciar a la libertad equivaldría a renunciar a la cualidad de hombre*”²¹. Y esa libertad siempre está dotada de una esfera social. Para los libertarios la libertad que se realiza en el individuo no puede ser motivo de opresión del otro, sino la libertad no se estaría desarrollando en su plenitud. Recordando lo explicado anteriormente cuando se habló sobre la libertad, así frente la libertad liberal, la cual es definida mediante los límites de las libertades individuales que se oponen entre sí, el anarquismo contempla la libertad de los otros, no como una limitación sino como su refuerzo. La libertad es solidaria y deja claro que no puede comprenderse cuando se comprende en términos de límites, cuando se niega la libertad de un individuo se está negando la libertad para todos o se está allanando el camino para hacerlo. De esta forma queda más que claro que la filosofía libertaria puede situarse inexorablemente en un *justo medio* entre el individuo y la comunidad.

La libertad, por otro lado, va de la mano con la igualdad y el trato justo con los demás, puesto que allí donde no hay justicia no puede haber libertad. Así la libertad necesita de la igualdad, para hacer de eje de la convivencia social, en los cuales los individuos encuentren su dignidad. La libertad significa para Abad vida, creatividad, experimentación, un acercamiento al ideal. La vida tiene sentido gracias a la libertad, es

²⁰ Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p. 603.

²¹ Proudhon, P., 1946. *Qué es la propiedad*. Buenos Aires: Americalee, p.31. (Citado en: Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p. 604).

aquello que permite al ser humano vivir plena y dignamente, favoreciendo su desarrollo espiritual, como las necesidades básicas permiten el desarrollo biológico. “*La libertad es tan esencial para la vida humana como el aire, el agua y el sol para la vida orgánica en general*”²².

Pero esta libertad de la que nos habla Abad no puede ser simplemente formal, el solo hecho de que se encuentre escrita en papel con una serie de códigos jurídicos o filosóficos, no es suficiente garantía de la misma. Las leyes y las constituciones no pueden asegurar la libertad en su sentido pleno puesto que terminan simplificando la realidad, olvidándose de que la propia libertad se mueve en un marco mucho más amplio de lo que son capaces de comprender y de hacer efectivos los diferentes textos jurídicos. Abad es muy crítico con que la libertad se entienda como una mera abstracción que parece que existe en otro lugar fuera de lo real. La libertad ha de hacerse real, ha de vivirse en la tierra, en el día a día de los hombres. De ahí que esta debe desarrollarse y crecer en un ambiente adecuado, y no puede haber libertad cuando falta seguridad, justicia y la posibilidad material para poder ser libres.

La inspiración cristiana en Abad y la importancia de la fraternidad

Es por eso, que bajo el pensamiento de Abad encontramos un humanismo contrario a dogmas, e impedimentos de la libertad, los cuales nacen del hábito y la costumbre, de la fuerza del Estado, y de toda clase de mitos religiosos, políticos, dinásticos, estatales, etc.; en definitiva, de cualquier elemento que se oponga a la libertad del hombre. Este humanismo encontrará en su época de madurez una estrecha relación con el cristianismo, entendido este en su dimensión de religación, pero no con Dios sino entre los hombres. Una inspiración religiosa que busca el hermanamiento entre los hombres, otorgándoles una libertad solidaria, similar aquella que profesaban las antiguas comunidades cristianas.

²² Abad de Santillán, D., 1944. *El pensamiento político de Roosevelt*. Buenos Aires: Jacinto Toryho, pp.270-271. (Citado en: Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p. 605).

Para parte del anarquismo existía en los primeros cristianos, sobre todo hasta la cristianización oficial del Imperio Romano, un testimonio de revolución social, basado en el sacrificio por la comunidad, y en la emancipación de los pobres; incluso Bakunin, el más crítico de entre los clásicos de la teología, habla de Jesús como el hombre de carácter moral con una ética revolucionaria. Lo que sucede es que el anarquismo parte de dos premisas que comparte con el cristianismo, por un lado, la defensa de la igualdad y la hermandad universal y, por otro, la existencia de hombres que dieron testimonio de esas ideas. Abad estudio en profundidad a los Santos Padres, y en él podemos observar en sus textos cómo en ocasiones cita los *Evangelios*. La religión es para él un sentimiento natural de la humanidad, el problema que presenta es en el control que un dogma y una jerarquía hacen sobre el mensaje originario hasta borrar la esencia del sentido cristiano de la vida. Es por ello que Abad, como muchos otros anarquistas como Proudhon, afirma que:

El sentimiento religioso en sí no es enemigo del hombre ni una valla siquiera a su desenvolvimiento y a su indagación permanente; es más bien una manifestación admirable de su conquista del misterio y de su búsqueda de la verdad. El peligro está en la traducción positiva de ese sentimiento, en la captación de ese anhelo de una minoría que logra especular con esa reverencia ante lo grandioso y lo desconocido para forjar cadenas y obtener tributos voluntaria o coactivamente, en beneficio de los intérpretes o mediadores supuestos de las divinidades.

[...]

La religión cristiana, que era la religión de los pobres, de los que aspiraban a un reino de paz y de justicia, pasó a ser la religión de los reyes, de la nobleza, de los señores. [...] La Iglesia santificó la riqueza de los ricos y fue eficaz predicadora de la sumisión y la resignación de los desposeídos.²³

La cuestión de la hermandad es uno de los grandes rasgos de la influencia cristiana en Abad, y es que este elemento es necesario para la construcción de una sociedad mejor, puesto que sin entender al otro como un hermano, piensa él, estamos condenados al desastre final, lo que se terminaría traduciendo en guerras o en un progreso desmedido donde los hombres importasen cada vez menos. Esta hermandad universal está basada en una recuperación de la concepción de igualdad que se encuentra en los evangelios. Autores como H. Saña contemplan en el anarquismo una fuerza mística y religiosa, pues

²³ Abad de Santillán, D., 1976. *Estrategia y táctica. Ayer, hoy y mañana*. Gijón. Júcar., p.33-34 y 38. (Citado en: Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p. 607 y 608).

tanto el anarquismo como el cristianismo tienen el anhelo de la libertad y la igualdad, de la fe en los hombres, en su mejoramiento moral, en su capacidad para convivir solidariamente. En último término, comparte una gran cantidad de valores que se les atribuye a los hombres. Incluso el propio Abad reconoce que el anarquismo español fue la última gran manifestación colectiva del espíritu religioso del pueblo español, pues consideraba que en él había un aura moral que lo mantenía fuertemente cohesionado y solidario. Hecho que se demostraba con el vigor con el que soportaba todas las persecuciones y ataques que sufría desde diversos frentes, viéndose una fraternidad inigualable en los militantes anarquistas. Hasta tal punto que Fidel Miró afirmó que los anarquistas fueron los mejores cristianos en una España que estaba sometida al catolicismo.

Pero no solo eso, sino que se puede sacar gran cantidad de similitudes entre el pensamiento de Abad y el cristianismo, ya no solo la moral, sino también virtudes teológicas como la fe, la esperanza y la caridad. La fe entendida como confianza en el ideal y en la capacidad humana para construirlo, edificándolo en una realidad que no es para nada favorable. La fe es necesaria para luchar y tratar de alcanzar las metas anarquistas, sin fe se carecen de ánimos para ir en su busca. Y la fe trae consigo la esperanza por un futuro mejor. La esperanza es necesaria para alcanzar un futuro de justicia y libertad. Abad hacía apología de ella, ante la desesperanza extendida por el movimiento obrero libertario tras la I Guerra Mundial y el auge del movimiento fascista. Una esperanza que no es otra cosa que el saber esperar, un saber que no significa acomodarse hasta que llegue la insurrección revolucionaria, o el dudar de si la labor anarquista que se siembra dará sus frutos. En definitiva, Abad, siguiendo a Han Ryner dice que saber esperar no es desistir del esfuerzo creador ni pactar con la realidad existente. Esta influencia cristiana es tan grande, que podemos observar muchas similitudes entre la esperanza libertaria y la *parusía* cristiana, es posible ver en ambos pensamientos la espera del ideal que viene a cumplirse. Una espera que ha de ser activa tanto para unos como para otros, de tal forma que los cristianos han de vivir vigilantes y preparados para la llegada del Verbo. Pero no pueden vivir expectantes sin más, sino que han de promover el mensaje divino en la tierra y predicar mediante su ejemplo.

También el amor está presente en la filosofía de Abad ante el odio y la violencia, él defiende un amor basado en la hermandad entre los hombres a través de una convivencia universal. Algo que podemos ver en el sentido de la revolución, con su

rechazo a la concepción jacobina de la revolución y a la glorificación de la violencia, y que, aun siendo necesaria en alguna ocasión, él defiende que este periodo de conflicto deberá ser lo más corto posible puesto que las guerras empeoran a los hombres. Ya que con largas guerras se podría estar perdiendo más de lo que se gana.

En Abad además podemos redescubrir más virtudes cristianas no tan destacadas, como el sacrificio, la pobreza, y la dignidad. El sacrificio que se ve traducido en la abnegación por un ideal hasta el punto de aceptar el dolor y de peligrar la vida. Un sacrificio que necesita de la esperanza que el anarquista continúe su lucha. Sacrificio, también, que conduce necesariamente a la asunción de la pobreza. Una pobreza entendida en términos de no necesidad, y no de carencia, pues claramente se ataca a la pobreza causada por la explotación. Es por ello, que esta pobreza defendida por Abad tiene una gran influencia del estoicismo y del sentido religioso franciscano. La templanza en el consumo y el trato con los bienes de manera controlada es un rasgo característico del anarquismo. Así la pobreza desenvuelve la profundidad espiritual y creativa del hombre.

Por todo esto se puede comprobar que el anarquismo de Abad rescata la esencia del cristianismo más de lo que pueda parecer. Según F. Castilla su pensamiento correspondiente a la etapa de madurez²⁴ tiene todo ese halo cristiano. En cuanto a la dignidad Abad se sitúa de forma muy cercana al personalismo de E. Mounier, quien, desde su impronta cristiana, reconoce la dignidad personal, la libertad y la igualdad de los hombres en cuanto seres dotados de personalidad. El hombre esculpido por Abad no dista tanto de este, pues es entendido como un ser integral, pleno de voluntad, libertad y apoyo mutuo. Un hombre que es maltratado por la sociedad contemporánea, ya que todos los factores del ambiente actual son antipersonales. Los medios de comunicación de masas, el control ideológico, las drogas, la vida inoperante e irreflexiva no hacen más que erradicar la libertad y la dignidad de los hombres, convirtiéndolos en autómatas sin iniciativa con una espiritualidad corrompida.

También la ciencia y la técnica ha contribuido a este deterioro. El hombre se ha convertido en un simple átomo perdido en el anonimato de la masa. El hombre pierde todo su valor y es solo comprendido como cohesión colectiva, forma parte de un grupo con fuerza, algo que podemos ver de manera clara en las sociedades actuales y su especial fijación en la estadística para saber que tiene importancia y que no. La

²⁴ F. Castilla divide el pensamiento de Abad en dos etapas: una primera etapa que dura cuando escribe para el diario *La Protesta* y cuando se encuentra en España, y una segunda tras el exilio.

masificación es la muerte del hombre individual. Abad otorga un cierto privilegio a los individuos frente al colectivo, lo que supone finalmente la base antropológica del federalismo. De ahí, que ante este control que sufren las personas, no solo político sino también ideológico y espiritual, el anarquismo siempre ha propuesto la educación de personalidades fuertes, libres y generosas. Por eso cuando Abad nos habla sobre la revolución no se queda solo en el aspecto político, sino que tiene un carácter también humanista que pretende hacer a los hombres sujetos morales y conscientes, los cuales se den a los demás de manera altruista. Un darse a los demás que no deja de ser el ideal cristiano transmitido con racionalidad y sentimiento profano. Y es que las personas solo pueden enriquecerse moralmente en la entrega a los demás, y este es el mejor ejemplo de testimonio. Así el anarquista además de hacer pedagogía con sus palabras es de vital importancia que lo haga con sus obras, de tal manera que con sus acciones contagiará su entusiasmo y la capacidad de sacrificio con la que se forja el ideal.

La militancia y el ejemplo de los libertarios

Recordemos que toda la moral de Abad está basada en la libertad, una libertad social. Por ello, la entrega no produce gasto, y aun pudiendo implicar sacrificio esto supondrá la expansión de la vida, entendida como una minimización de la muerte. Como vemos hay una identificación entre la voluntad libre y el deber, una máxima que procede de Kant, y que llega al anarquismo a través del filósofo Jean-Marie Guyau. El vitalismo de Guyau impregna la base del pensamiento libertario

Así pues, el esfuerzo en pro de los otros que exige la vida social no es, en resumidas cuentas, una pérdida para el individuo; es un engrandecimiento deseable, incluso una necesidad (...) Hay una cierta generosidad inseparable de la existencia, sin la cual morimos, nos desecamos interiormente. Hay que florecer; la moralidad, el desinterés, es la flor de la vida humana (...) la más rica de las vidas resulta ser también la más inclinada a prodigarse, a sacrificarse en cierta medida, a compartirse con los demás.²⁵

²⁵ Guyau, J.M., 2013. *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*. Oviedo: KRK ediciones, pp. 229 y 230.

Y es en este sacrificio generado en el deber cumplido al entregarse a los otros, de donde nace la militancia. Esta es una salida del silencio cómplice con la injusticia, y que, aun siendo sus resultados no visibles, supone una conquista inicial, la premisa para la liberación. Los sacrificios individuales, que en muchas ocasiones pasan desapercibidos, merecen ser honrados porque no son más que el reflejo de la lucha por la idea, la encarnación de la esperanza, en la que se vuelcan por el otro aun a riesgo de correr peligro. Ejemplo de ello han sido las vidas de aquellos, que, ante las violentas represiones, cuando lo más lógico era escapar, no faltaron a la militancia con un compromiso y fe insuperables, casi superior a la naturaleza humana.

Y aunque gran cantidad de pensadores han tratado de convencer y de transmitir el anarquismo al pueblo a través de la palabra, es importante destacar que en muchos de los casos este convencimiento de las gentes se realizó a través de la conducta ejemplar de los libertarios. No hace falta ir muy lejos para comprobar lo aquí referido; nuestro autor constituye una prueba de ello al contemplar la conducta de los anarquistas presos en la cárcel Modelo de Barcelona cuando estuvo encerrado allí. Así el anarquismo se funda sobre la conducta ejemplar, ya que el ideal no solo atrae por su propia fuerza lógica o conmovedora. Algo muy importante cuando lo que se pretende es transformar lo real, ya que hace de lo teórico algo práctico, no se queda simplemente en el ámbito de la teoría y del texto de manera abstracta, sino que con la acción del día a día se ejecuta el ideal. Es pues el ejemplo la forma más elocuente de persuasión, ya que el testimonio habla por sí solo de la integridad del libertario y de la coherencia con y para sus ideas, siendo los hombres quienes encarnan el anarquismo. Como vemos podemos encontrar en la militancia obrera un aura religiosa, los militantes sirven al ideal con su actitud y compromiso, como los apóstoles servían a Cristo.

Un anarquista es esa criatura humana incesantemente atormentada por una idea de infinito en arte, en ciencia, en filosofía, que busca siempre más verdad en la verdad relativa, más belleza en la relativa belleza, más justicia en la justicia corriente; ese explorador atrevido de rumbos nuevos; ese genio que va muchos años o muchos siglos delante de la humanidad ascendiendo hacia un absoluto inaccesible, ansioso de alcanzar la suprema verdad, la suprema justicia.

El anarquista es el que cree que en todas las cosas puede forjarse un cambio progresivo, el que lucha por imponer una perfección más en lo que el mundo da por acabado y perfecto.²⁶

²⁶ Abad de Santillán, D., 1922. El principio moral de la anarquía. *El Sembrador, semanario de sociología y crítica*, N°11, Año I, Iquique, (Chile).

Pero lo que destaca de la militancia es su espíritu colectivo, algo que se encuentra animado por la solidaridad: así Abad muestra numerosos ejemplos a lo largo de su vida donde esto queda reflejado como la solidaridad entre camaradas en la penitenciaría, la ayuda a refugiados en Uruguay, el encuentro con desterrados rusos en Alemania, etc. No olvidemos que el anarquismo no solo pretende una sociedad más justa y libre, sino que es plenamente consciente que para que esto se dé necesita de un hermanamiento entre los hombres que se realiza a través de la solidaridad. Es la solidaridad la condición fundamental del movimiento obrero tanto en sus luchas cotidianas como en la construcción de un porvenir mejor tanto a nivel económico como social; así pues, el bienestar individual está ligado al bienestar de todos, de igual manera que la libertad no encontraba límites en los otros sino su refuerzo, entonces el confort no se haya reducido sino amplificado con los otros. Y esa solidaridad en su más amplio exponente ha de ser recogida por el sindicalismo, siendo este el ejemplo de la moralización colectiva. Así lejos del egoísmo, el movimiento libertario en el que participo Abad durante los años 20 y 30 reluce por su compañerismo, la amistad y la ayuda entre individuos, en definitiva, los elementos que terminan por constituir la hermandad.

Y la hermandad no pueda darse de otra forma que no sea entre iguales, contando con su respeto. Así en la toma de decisiones de las organizaciones libertarias, esto se realizaba mediante la aceptación. Esto quiere decir que la disciplina no se da mediante una imposición estructural, la que está basada en el poder, sino que tras la toma de decisiones se debe respetar el resultado como un imperativo moral. De igual manera que si surgían líderes era por su capacidad de predicar con el ejemplo, de mostrar con su conducta un equilibrio moral con el ideal. Siempre siendo líderes no por imposición de algún sistema, sino por el reconocimiento y el respeto de sus compañeros, por su entrega y entereza, y sin perder su condición obrera. Por otro lado, dentro de las organizaciones obreras eran tan importantes tanto aquellos de más calibre como aquellos que trabajaban en las bases de manera anónima. Todos los militantes vivían en unidad, compartiendo hasta el dolor, un sacrificio sin interés propio, el cual tenía como objetivo la colectividad.

El modelo libertario por tanto se encarna al mismo tiempo que es concebido, teoría y práctica están estrechamente ligados y no pueden dissociarse. Algo que es un ejemplo para la ética debido a que su filosofía no queda en meros sermones, sino que es vivida. En el anarquismo hubo una vida ejemplar, al igual que es vivida por algunos cristianos,

y por filósofos como Diógenes Laercio, donde su filosofía era hecha vida. Finalmente se puede afirmar que el modelo moral tiene como objetivo un concepto de militancia que se nutre de la vida y del espíritu humanista, toda esta idea está presente tanto en la obra como en la vida de Abad. Así afirma Abad que ninguna corriente progresista puede sentirse tan orgullosa de los hombres que la conforman por su capacidad y corazón que la corriente anarquista.

PARTE IV: CONCLUSIÓN.

La crítica antiautoritaria inherente al anarquismo de ninguna manera ha quedado desdibujada de la historia en el presente. Es un hecho que el Estado sigue erigiéndose sobre los individuos ostentando un poder con el que ordena la sociedad acorde a sus intereses. Sin embargo, lo que ha cambiado ha sido la configuración del propio Estado que ya no se eleva por encima de la sociedad como si de una deidad se tratara como hizo antaño, sino que se ha visto subyugado ante un poder superior a él al que sirve como herramienta. Este poder difícil de definir toma diversos nombres: economía, poderes económicos, grupos multinacionales empresariales, etc. Si antes la burguesía formaba el Estado y regía desde él, hoy en día este nuevo poder se ha elevado por encima de él, y ya no quiere formarlo sino más bien utilizarlo como herramienta para velar por sus propios intereses, reduciendo al Estado a un conglomerado de burócratas que terminan por servir como funcionarios a la burguesía.

Pero la cuestión es que sigue existiendo dominación, lo que conlleva desigualdad y opresión, ya que el poder sigue estando presente en las élites, solo que ha cambiado de manos. Y el hecho de que el poder se acumule en las manos de unos pocos siempre supone un problema porque a fin de cuentas se legitima la desigualdad tanto político-social como económica, independientemente del sistema político que rija. Es obvio que hay sistemas políticos que otorgan más derechos y libertades que otros. Pero si la humanidad desea progresar siempre deberá tratar de ir un paso más allá, porque en definitiva no hablamos de libertades y derechos como conceptos abstractos sin relación alguna con la vida, sino que al final esto se traduce en una mejora de las condiciones de vida de las personas en todos los niveles. Y son los anarquistas la vanguardia a la hora de buscar más libertad, más igualdad, más justicia.

“Para él, el anarquismo más que una doctrina es una tarea y un proceso sin fin hacia la realización de la justicia y de la libertad en la historia”²⁷. Es por ello, que Abad no habla de ciertas etapas de transición para alcanzar la meta revolucionaria, sino que reconoce muchas, no hay un antes y un después de la revolución, sino que la revolución se hace continuamente, aunque haya insurrecciones concretas por parte del pueblo. Con esto se tiene presente dos cosas, en primer lugar, que la labor anarquista es valiosa y

²⁷ Cappelletti, A. J., 1994. *Ensayos libertarios*. Madre Tierra, p. 266. (Obra citada en: Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p.637.)

necesaria independientemente del momento en el que se esté desarrollando; y tener en cuenta que los medios que se utilizan para alcanzar la sociedad anarquista son igual de importantes que los fines, y, por ende, han de ser acorde a estos y siempre respetando los valores a los que la filosofía libertaria apela.

Además, con esa revolución se devuelve el poder al pueblo y se confía en su autogobierno. Existe una opinión muy extendida que califica el proyecto anarquista de ingenuo y utópico, aun siendo bienintencionado. De alguna manera lo que hay detrás de este juicio, pensamos, es una desconfianza en la autogestión del pueblo, que suele ir acompañado de una visión antropológica del hombre con tintes hobbesianos. Sin embargo, en toda la filosofía de Abad podemos ver una gran confianza y esperanza depositada en el pueblo, ya que es él únicamente quien puede salvarse a sí mismo. Ejemplos como el de la Comuna de París, los comuneros castellanos o el cantón de Cartagena durante la I República española son muestras para él de que esto es posible.

Si Abad nos decía que a lo largo de la historia hubo numerosos ejemplos de una búsqueda de mayor libertad y justicia por parte de ciertos sectores de la sociedad, a los que se puede denominar como “protoanarquistas”, y que los anarquistas debían ser la vanguardia y encarnar la lucha por esos ideales, podemos situar la revolución social española de 1936 como el mayor exponente de libertad y justicia hasta ahora conocidos. La colectivización de las tierras en Aragón y parte del Levante, junto a las colectivizaciones de las fábricas en Barcelona, hicieron ver que aquel sueño que se llevaba fraguando desde los orígenes del socialismo podía hacerse real.

Por otro lado, cuando se apela al pueblo como salvador de sí mismo, también se respeta y se valora el papel de los individuos que lo componen. El componente ético en Abad es transversal en todo su pensamiento. Así la anarquía exige necesariamente hombres capaces de vivirla. Las causas materiales no determinan de ninguna manera el éxito de una mejor sociedad, puesto que son los hombres con su fe y sacrificio los que intervienen directamente en la historia, los que crearán un mundo mejor siempre y cuando estén hermanados entre sí y exista un apoyo mutuo tanto económico como social. Es por eso, que los libertarios deben tener una cierta actitud, una moral muy similar a la del cristianismo, aun siendo esta pagana.

Todo ello no sirve para otra cosa que para conciliar la teoría y la praxis. Abad rechaza la filosofía de salón, y nos muestra cómo su filosofía está orientada completamente a la praxis porque no se puede olvidar que es a través de ésta como se producen las

transformaciones. Unas transformaciones que deben empezar hoy sin mayor dilación, puesto que se espera vivir mejor mañana en la medida que sea posible, siempre sin olvidarse que no hay lugar para la conformidad en ese continuo progreso. Claro que hay una espera por parte del anarquismo para conseguir su ansiada sociedad justa y libre, pero es una espera activa, en la que cada uno de los agentes que participan juega su papel. Encontramos tras de sí un pensamiento optimista de fe y de esperanza, aunque haya momentos de dolor y sacrificio.

En definitiva, existen en Abad dos dimensiones: la teórica y la humana. Ambas deben estar unidas y su diferencia reside en que la teoría puede leerse sin conocerse al autor, pero todos sus escritos están impregnados de su vida, no pueden separarse de ella.

[...] algo que queda claro tras repasar todas sus actuaciones, es la enorme coherencia a lo largo de esos ochenta y un años, [...] Es cierto que se pueden encontrar diferentes etapas, diferentes temas que atraen su atención, pero todo ello es debido única y exclusivamente a la necesidad de adaptar su ideal, siempre el mismo, a las circunstancias cambiantes, [...]. Toda su vida es la de un hombre enteramente consagrado a la lucha por la libertad y la justicia, por conseguir una sociedad sin explotación ni opresión en la que los hombres puedan ser dueños de su propia vida. Coherencia práctica, por tanto, acompañada también por una gran coherencia teórica, [...].²⁸

Abad demuestra con su vivencia que la moralidad es política, en el sentido de que la ética anarquista no puede entenderse sin lo social. Abad vincula la vida privada a la pública, al igual que Aristóteles cuando hablaba de la virtud hablaba de una virtud política. Además, no necesita apelar a ningún ejemplo externo para demostrar en lo que cree, puesto que el mismo es el ejemplo de su propio pensamiento. Así pues, la anarquía no solo se vive haciendo la revolución, colectivizando y autogestionando las fábricas y las tierras, la anarquía se vive también de manera individual, como los libertarios la llevan en el corazón, se vive actuando moralmente siguiendo el imperativo categórico anarquista. La anarquía no solo quiere transformar el mundo, sino que también quiere transformar a los hombres.

[...] quiere hacer del hombre, de sus necesidades y sus aspiraciones, la medida de todas las cosas; quiere el ensayo y la experimentación en el campo económico y social; quiere la libertad hasta para equivocarse, para errar; quiere una forma de vida no capitalista, fundada en asociaciones libres de productores y consumidores; rechaza todo absolutismo porque sostiene que no hay verdades absolutas,

²⁸ Abad de Santillán, D. and García, F., 1978. *El organismo económico de la revolución*. Madrid: Zero.

indiscutibles y, por consiguiente, no hay hombres, partidos o clases que estén unidos con el óleo santo de la infalibilidad; quiere una gran revolución en la moral, en las costumbres, en las instituciones y quiere iniciar esa revolución desde hoy mismo, como hoy mismo se siembra la semilla de la que puede surgir el árbol frondoso mañana. En una palabra, esta solución edifica única y exclusivamente sobre el hombre y su libertad, para que tome en sus manos y sean responsables de su destino.²⁹

²⁹ Abad de Santillán, D., 1976. *Estrategia y táctica*. Madrid: Júcar., p.52. (Citado en: García Moriyón, F., 1982. *Pensamiento Anarquista Español: Individuo Y Colectividad. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid., p. 757.)

PARTE V: BIBLIOGRAFÍA

1. Contexto histórico

- *¿Por qué perdimos la guerra?* 1978. [film] Directed by D. Abad de Santillán and L. Galindo. Madrid: CINETECA S.A.
- Sánchez Pérez, F., 2009. *Historia de España*. Madrid: Oxford University Press España.
- Marín, D., 2014. *Anarquismo. Una introducción*. 1st ed. Barcelona: Ariel.

2. Biografía

- García Moriyón, F., 1982. *Pensamiento Anarquista Español: Individuo Y Colectividad. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid.
- Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid.
- Abad de Santillán, D. and Elorza, A., 1976. *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930/38*. 1st ed. Madrid: Editorial Ayuso.
- Abad de Santillán, D. and García, F., 1978. *El organismo económico de la revolución*. Madrid: Zero.
- Rojas, C. (1973) *Diez figuras ante la guerra civil: Diego Abad de Santillán, Manuel Azaña Díaz, Lluís Companys i Jover, Dolores Ibárruri Gómez, 'La Pasionaria', Antonio Machado y Ruiz, José Ortega y Gasset, ...* . Barcelona: Nauta.
- Migueláñez Martínez, M., 2021. *Diego Abad de Santillán (1897-1983): Los viajes doctrinarios de un anarquista trasnacional*. Programa Interuniversitario de Historia Política, [online] 6. Available at:

<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/anarquismocomparado_martinez.pdf>
[Accessed 6 March 2021].

3. Obras de Abad de Santillán

- Abad de Santillán, D., 1976. *El Anarquismo Y La Revolución En España. Escritos 1930/1938*. 1st ed. Madrid: Editorial Ayuso.
- Abad de Santillán, D. and García, F., 1978. *El organismo económico de la revolución*. Madrid: Zero.
- Abad de Santillán, D., 1938. *En torno a nuestros objetivos libertarios*. La Biblioteca Anarquista.
- Abad de Santillán, D., 1922. El principio moral de la anarquía. *El Sembrador, semanario de sociología y crítica*, Nº11, Año I, Iquique, (Chile).

4. Estudios sobre Abad de Santillán

- García Moriyón, F., 1982. *Pensamiento Anarquista Español: Individuo Y Colectividad. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid.
- Pérez de Blas, F., 2002. *Historia, circunstancia y libertad en la obra de Diego Abad de Santillán. Memoria para optar al grado de Doctor*. Universidad Complutense de Madrid.
- Migueláñez Martínez, M., 2021. *Diego Abad de Santillán (1897-1983): Los viajes doctrinarios de un anarquista trasnacional*. Programa Interuniversitario de Historia Política, [online] 6. Available at: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/anarquismocomparado_martinez.pdf> [Accessed 6 March 2021].

- García, F., 1992. *Clásicos Básicos del Personalismo, N°15: Tradición Libertaria*. 1st ed. Madrid: Instituto Emmanuel Mounier.

5. Otros

- García Moriyón, F., 2021. *Del socialismo utópico al anarquismo*. 1st ed. Buenos Aires: La Plata.

- Miguela, D., 2002. Naturaleza humana y estado de educación en Rousseau: la sociedad. *Pulso. Universidad de Alcalá*, [online] 25, pp.45-60. Available at: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUK EwjE0-LqlczvAhVwAGMBHYgbDcUQFjACegQIAhAD&url=https%3A%2F%2F dialnet.unir ioja.es%2Fdescarga%2Farticulo%2F244122.pdf&usg=AOvVaw11A2wtQLOA6YJUjN ByEq_7> [Accessed 25 March 2021].

- José, F., 1964. *Diccionario de filosofía. Tomo I (A-K)*. 5th ed. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, p.161.

- Kant, I., 2000. *Filosofía de la Historia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp.25-37.

- Guyau, J.M., 2013. *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*. Oviedo: KRK ediciones.